

B. Benil D. e.





**MADAME HELVÉTIUS.
ILUSTRACIÓN, RAZÓN
Y REVOLUCIÓN
EN EL SALÓN DE AUTEUIL**

B. Benito D. e.

**MADAME HELVÉTIUS. ILUSTRACIÓN, RAZÓN Y REVOLUCIÓN
EN EL SALÓN DE AUTEUIL**
Ricardo Hurtado Simó

BENILDE EDICIONES
2017
<http://www.benilde.org>
Sevilla-España

DISEÑO
Bane

IMAGEN DE PORTADA
Samuel Santana Rodríguez

ISBN 978-84-1639-30-4

Volumen 6. Colección Benilde mujeres, cultura y escritura, directora Estela González de Sande

Comité científico internacional: Anna Tylusinska-Kowalska (Universidad de Varsovia, Polonia); María Dolores Valencia Mirón (Universidad de Granada); Socorro Suárez Lafuente (Universidad de Oviedo); Antonella Capra (Universidad de Toulouse, Francia); Sarah Zappulla Muscarà (Universidad de Catania); Dora Marchese (Università di Catania); Maria Reyes Ferrer (Universidad de Murcia); Marwa Fawzy (Universidad del Cairo); Caterina Benelli (università di Messina); Malgorzata Godlewska (Universidad Ateneum, Gdansk, Polonia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

**MADAME HELVÉTIUS.
ILUSTRACIÓN, RAZÓN
Y REVOLUCIÓN
EN EL SALÓN DE AUTEUIL**

Ricardo Hurtado Simó



Introducción	9
La situación de las mujeres en el siglo XVIII	13
El debate sobre la mujer en el marco filosófico francés del siglo XVIII	13
Los salones como espacio femenino de diálogo	23
Las mujeres en la Revolución Francesa	27
Vida y pensamiento de Madame Helvétius	31
Vida de Madame Helvétius	31
Pensamiento de Madame Helvétius	43
El salón de Madame Helvétius y la Sociedad de Auteuil	51
Principales integrantes del salón	57
-Un viejo amigo: Turgot	57
- Un poeta en Auteuil: Roucher	60
- De amigo a enemigo: el abad Morellet	63
- El editor de las obras de Helvétius: Lefebvre de La Roche	66
-Un hijo adoptivo: Cabanis	69
- Un norteamericano en Auteuil: Benjamin Franklin	73
-La Revolución devorando a sus hijos: El matrimonio Condorcet- de Grouchy	79
- El fundador de la Ideología: Destutt de Tracy	83
- De Oriente a Auteuil: Volney	84

Correspondencia seleccionada	89
Madame Helvétius a Jean-Baptiste Cabanis de Salagnac	91
Carta de Madame Helvétius a Jean Baptiste François Vieilh	92
Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin	93
Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin	94
Carta de Franklin a Madame Helvétius	95
Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin	96
Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius	97
Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius	98
Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius	99
Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin	100
Carta de Franklin a Madame Helvétius	102
Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius	103
Carta de Madame Helvétius a Anne Louise Sophie Rulhière	104
Carta de Madame Helvétius a Sarah Bache	105
Carta de Madame Helvétius a Pierre Louis Roederer	106
Carta de Madame Helvétius a Marie Anne Poulet	107
Carta de Madame Helvétius a Marie Anne Poulet	108
Apéndice: Acta de deceso de Madame Helvétius	109
Bibliografía	111

Introducción

Anne-Catherine de Ligniville, más conocida como Madame Helvétius fue, sin duda alguna, una de las mujeres más importantes de su tiempo, el siglo XVIII. Procedente de una familia de alto linaje pero venido a menos, fue esposa del polémico filósofo Helvétius y, tras su fallecimiento, el *alma mater* del salón filosófico que regentaba en su casa de Auteuil hasta su fallecimiento en 1800. Por allí pasaron políticos de talla internacional como Benjamin Franklin o John Adams, escritores y poetas como Roucher, pensadores como Condorcet y Turgot y, principalmente, intelectuales e ideólogos que tuvieron un papel esencial en el levantamiento revolucionario de 1789 que acabó con el Antiguo régimen. De esta manera, Madame Helvétius se convirtió en una figura decisiva para entender la Francia del último tercio del siglo XVII y, al mismo tiempo, en una de las *salonnières* más destacadas. Sin embargo, su vida y su pensamiento han sido objeto de contados estudios en países francófonos, que han hecho especial hincapié en la valía de una mujer que fue capaz de hacerse a sí misma, de renacer de las cenizas tras el fallecimiento de su marido y de algo que podríamos llamar “milagroso”: sobrevivir al Terror jacobino de Robespierre, lo que pone de manifiesto su inteligencia y su talante.

El presente libro tiene como objetivo realizar un análisis exhaustivo de Madame Helvétius entendiéndola desde un punto de vista transversal. En primer lugar, pretendemos subrayar que podemos considerarla una de las mujeres más destacadas de su tiempo. Si bien es cierto que su talla filosófica no puede compararse con feministas ilustradas como Sophie de Grouchy, Mary Wollstonecraft y Olympe de Gouges (no se conoce de Madame Helvétius ningún ensayo o texto filosófico de su autoría así como un posicionamiento feminista), es innegable su valía intelectual en la medida en que fue capaz de liderar un salón filosófico congregando a las principales personalidades del París de su época y de dirigir los debates políticos, sociales y filosóficos que allí se trataban. Asimismo, pese a no tener una formación muy profun-

da, conocía las tendencias filosóficas de la época, fue una firme defensora de la publicación de las polémicas obras de su marido y fue capaz de orientar su Salón a través de los diversos avatares sociopolíticos por los que fue pasando Francia. Mme Helvétius tuvo la capacidad de aglutinar en su casa a los revolucionarios que prepararon el caldo de cultivo para la caída del Antiguo régimen, sirvió de plataforma a los moderados que lideraron la transición hacia el Estado republicano, fue cobijo de las víctimas del Terror jacobino y pionera en debatir sobre una figura emergente y con carisma, Napoleón Bonaparte. Su vida es un ejemplo de superación de las adversidades, de capacidad crítica y de una innata y excepcional intuición política. Con estos datos, defendemos la tesis de que Madame Helvétius debe ocupar un papel relevante dentro de la historia de la filosofía de género, a la misma altura que Madame de Staël, por ejemplo. Recordemos, al mismo tiempo, que no podemos considerarla una mujer a la sombra de su marido ni una consorte excepcional, puesto que alcanza su fama y reconocimiento siendo ya viuda; es en ese momento cuando decide invertir en una vivienda a las afueras de París y tiene la pericia de convertir su casa en uno de los centros intelectuales más destacados de su época.

En segundo lugar, el Salón de Madame Helvétius, conocido como el Salón o la Sociedad de Auteuil, fue uno de los pocos espacios en los que las mujeres podían hablar libremente y exponer sus opiniones y puntos de vista sobre cuestiones de toda índole. En su Salón, Madame Helvétius se convirtió en una mujer respetada y apreciada que transformó un barrio al norte de París en uno de los grandes centros neurálgicos de su vida política e intelectual; los debates en su domicilio perduraron durante cerca de treinta años y congregaron a la élite que modernizó las estructuras políticas de dos potencias emergentes como Francia y los Estados Unidos de América. Por este motivo, nuestro trabajo quiere destacar que Madame Helvétius es un hilo conductor ineludible para entender cómo el pensamiento político moderno cristalizó tanto en Francia como en los Estados Unidos; en los debates organizados en su Salón se produjo un intercambio de ideas que fueron una plataforma para la construcción de la

democracia norteamericana. No son pocos los textos en los que Franklin reconoce la herencia recibida de su estancia en Francia y, en concreto, en sus tertulias en Auteuil con ilustrados críticos con la Monarquía francesa. Asimismo, el Salón de Madame Helvétius fue el “pegamento” que unió a personas de diverso carácter e inclinación política para crear un proyecto social y político común y, durante la paranoia revolucionaria, fue el abrigo que cubrió y protegió a sus principales damnificados. En esto, de nuevo, emerge nuestra protagonista como una mujer excepcional también en lo personal. Hasta ahora hemos citado unos pocos nombres de quienes participaron en los debates que ella lideraba, pero realmente son muchos más, y todos con un elemento en común: alabar a Madame Helvétius como una persona excepcional, de gran optimismo y carisma, y sensible ante los débiles y desfavorecidos. Para las élites intelectuales era conocida por su Salón, su tirón y por su perspicacia; para los pobres que frecuentaban su domicilio, era una mujer generosa que protegía a quien más lo necesitaba. Hay registros que atestiguan que pagaba las sanciones que recibían los pobres que entraban en las fincas de los terratenientes para cazar en los años de malas cosechas. En la medida de sus posibilidades, Madame Helvétius intentó paliar las injusticias ocasionadas durante el Antiguo régimen y, tras su caída, también ayudó a las víctimas de la Revolución. Por todas estas razones, no es difícil entender que Franklin se refiera a ella en sus cartas como: “Nuestra Señora de Auteuil”. Consiguientemente, es de justicia que hagamos de ella un perfil tanto intelectual como humano que subraye su polidricidad. Asimismo, realizamos la semblanza de algunos de los personajes más destacados que frecuentaron su Salón; algunos son conocidos por el gran público como los citados Condorcet y Franklin y otros no tanto, razón de más para rescatarlos del olvido y darles su merecido espacio como Cabanis o Morellet. Todos ellos fueron figuras destacadas de su tiempo, participaron en los cambios de su época y colaboraron a dar fama a Madame Helvétius.

Por último, el presente estudio incluye algunas de las cartas más relevantes escritas por Madame Helvétius entre 1775 y 1780. Inéditas todas en nuestra lengua, nos permiten conocer de

primera mano sus intereses, inquietudes y son, al mismo tiempo, un diario de su vida y su momento histórico, como su amistad con Benjamin Franklin, sus relaciones con los personajes más influyentes de su momento histórico o su posicionamiento político decidido a favor de la Revolución francesa. Su correspondencia se encuentra en *HELVÉTIUS, Claude-Adrien, Correspondance générale, Volume IV*, edited by Peter Allan, Alan Dainard, Marie-Thérèse Inguenaud, Jean Orsoni and David Smith, Toronto et Oxford., 1998. Y en dicha publicación nos hemos basado para realizar la traducción de sus cartas.

La situación de las mujeres en el siglo XVIII

El debate sobre la mujer en el marco filosófico francés del siglo XVIII

Para el feminismo, el legado de la Ilustración es complejo y ambiguo, lleno de luces y sombras, tal vez con más sombras que luces. El movimiento feminista parte del discurso ilustrado pero radicaliza sus planteamientos, sin embargo, como observaremos con Poulain de la Barre y otros autores, la radicalización no es algo progresivo, y ya en la segunda mitad del siglo XVII tiene formas bastante acabadas. Las reivindicaciones feministas del siglo XVIII son, simplemente democráticas, piden la igualdad real de todos y todas, a partir de unas estructuras teóricas que se fueron fraguando en el siglo anterior. Si a comienzos del siglo XVII se expresa principalmente un sentimiento de queja, en el siglo XVIII se realiza un debate sobre la igualdad donde la reivindicación está muy presente; en la época de Mme Helvétius, se afronta el problema desde un enfoque culturalista, desde el *sapere aude!*, donde el trasfondo del asunto gira en torno a la educación. En este punto, para introducirnos en el tema, es importante exponer la influencia de la filosofía cartesiana en las posturas defensoras de la igualdad entre sexos; si bien Descartes no trató la cuestión referente a las mujeres, al dar primacía al pensamiento sobre la extensión, dentro de su dualismo entre *res cogitans* y *res extensa*, hizo posible desarrollar la idea de que desde el punto de vista intelectual, hombres y mujeres son similares.

En 1405, Christine de Pizan escribió *La ciudad de las damas*¹ y su obra formaba parte de un memorial de agravios, donde la razón emerge frente a los prejuicios, una idea que veremos en Poullain de la Barre. De Pizan no se plantea una reivindicación

¹ Véase DE PIZAN, Ch., *La ciudad de las damas*, Madrid, Siruela, 2013.

universal, no habla para la Mujer en sentido genérico, ni pretende que las demás mujeres de su tiempo le sigan; en el siglo XV se carecía de un entramado conceptual capaz de hacer una reivindicación universal en clave femenina, que realmente no aparecerá hasta dos siglos más tarde, mostrando que las ideas de igualdad y vindicación están muy unidas: la igualdad produce reivindicaciones en la medida en que las reivindicaciones exigen igualdad.

François Poulain de la Barre (1647-1723), filósofo cartesiano heterodoxo y seguidor del grupo de “Las Preciosas”² publicó en 1673 *De la igualdad de los dos sexos. Discurso físico y moral, de la importancia de deshacerse de los prejuicios*³. Podemos ver en la figura de este autor uno de los primeros pensadores ilustrados pese a formar parte del siglo anterior, por su defensa de aplicar la razón a las relaciones humanas, y en concreto, a las relaciones entre hombre y mujer, atacando con ello la irracionalidad y el prejuicio. Dos años más tarde publicó la refutación de su primera obra, titulada *Tratado de la excelencia de los hombres* (1675). También debemos destacar su *Tratado de la educación de las damas para la formación del espíritu en las ciencias y en las costumbres* (1674).

Descartes en el *Discurso del método* afirmó, “quiero que me entiendan hasta las mujeres”⁴ señalando que su método podía ser válido para todos los seres humanos, sin excepciones. Lo que Descartes planteó como una reforma del entendimiento fue evolucionando hasta una reforma de la dimensión social humana. En esta línea se moverá Poulain de la Barre. Si en Descartes el *co-gito* formaba parte de lo más profundo del ser humano, de la Barre pretende seguir la filosofía cartesiana para radicalizar la idea de la duda como principio de acción; no estamos ante el “pienso luego existo” sino ante un “actúo luego existo”, y esta acción se produce también por mediación del cuerpo. De la Barre defiende

2 Movimiento social y cultural del siglo XVII que empezó a abordar el problema de la desigualdad entre hombres y mujeres. Posteriormente fue ridiculizado por Molière en la comedia satírica *Las preciosas ridículas*.

3 Un estudio completo sobre estas obras se encuentra en: ALCOVER, M., *Poulain de la Barre: une aventure philosophique*, Paris-Seattle, Papers of French seventeenth century literature, 1981 y STUURMAN, S., *François Poulain de la Barre and the Invention of Modern Equality*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

4 AMORÓS, C., *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y Postmodernidad*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 129.

la idea de que la actividad muestra la unión de mente y cuerpo, y con ello, la duda, motor de acción, se despliega como un programa ético, político y social. Nuestra acción ha de seguir el criterio de las ideas claras y distintas, y por tanto, enfrentarse a los prejuicios que estorban a los seres humanos; en cierta medida, su lectura está en la línea del pensamiento spinozista, que intenta superar el dualismo cartesiano y su problema con las sustancias así como rescatar la dimensión humana que Descartes pasó por alto. Siguiendo a Descartes en sus fundamentos, pero alejándose en sus conclusiones, pretende mostrar la conexión existente entre el prejuicio y la desigualdad entre sexos, así como que se trata del prejuicio más ancestral de todos, a partir de la duda y la búsqueda de la evidencia cartesiana para desmontar todo prejuicio, incluido el prejuicio sexual. Asimismo, considera que la razón humana está del lado de la debilidad y la injusticia, enfrentada al poder masculino refrendado por la costumbre. Contraponiendo razón y fuerza, señala que la fuerza está del lado del prejuicio, lo cual tiene connotaciones masculinas, frente a la razón universal y del lado de los oprimidos. Del hecho de que hombres y mujeres tengan diferencias fisiológicas no debe deducirse la desigualdad entre sexos. El tema esencial es el prejuicio, que ya fue esbozado en *De Pizan*, y que irá cobrando cada vez más fuerza en el ambiente intelectual de la época, hasta lograr su máximo apogeo con los filósofos ilustrados y la Revolución francesa; el prejuicio está arraigado en lo más profundo de las conciencias y crea actitudes y conductas, como también podemos observar en un contemporáneo de de la Barre, Francis Bacon.

De la Barre se movió dentro del grupo de “*Las Preciosas*”, y fue consciente del papel decisivo que tuvieron los salones de mujeres en el siglo XVII contra la decadente aristocracia francesa y los comienzos de la burguesía. También tiene presente la idea de mérito, asunto esencial para las Preciosas; el mérito conectaba con la igualdad, y es lo que legitima y habilita a las mujeres para el desempeño de las mismas funciones que los hombres, incluyendo con ello los cargos religiosos, como señala de la Barre en

De la igualdad de los dos sexos⁵. Asimismo, de la Barre elabora una formulación del contrato social, poniendo en boca de una mujer la cuestión referente acerca del origen de la sociedad civil. En este aspecto, sus aportaciones sobre el derecho natural son significativas desde la línea del iusnaturalismo, marcando que lo que prima es la ley del más fuerte; históricamente, la fuerza se ha impuesto a la razón, y siempre como expresión varonil. En el estado de naturaleza, la igualdad es un rasgo característico, y las únicas diferencias se refieren a la fuerza física. La igualdad entre sexos es total, y la única diferencia gira en torno a la fecundidad. La reproducción muestra diferencias pero no dependencia de un grupo sobre otro. Para de la Barre, las diferencias relevantes entre sexos nacen al ampliarse la familia, ya que es entonces cuando la mujer se ve sometida a su marido y a sus descendientes, y a partir de aquí, nace la división laboral: las mujeres cuidan del hogar mientras los hombres buscan la comida, y los hijos reproducen las tareas de los padres, mientras las hijas las de las madres, todo ello acompañado de la introducción de unos valores y normas.

Siguiendo las tesis hobbesianas, el estado natural lleva a la guerra de todos contra todos, al rebelarse los hijos ante sus padres; ideas que podrán verse, siglos más tarde en *Tótem y Tabú* de Freud. Las posiciones de de la Barre se mueven en el debate entre el contractualismo medieval y el moderno; en el medieval, la legitimidad recae en los padres, mientras que en el moderno, en los descendientes. En el estado de guerra, las mujeres no intervienen, lo que produce en ellas un proceso de cosificación que las convierte en una mercancía, en un botín de guerra (no en vano, en la Revolución francesa, muchas mujeres exigían su derecho a participar en el levantamiento popular armado).

En el siglo XVIII se ofrecen variadas y diferentes perspectivas respecto a las cuestiones planteadas, unas a favor, como son las de de Grouchy y Condorcet, Voltaire o Diderot, otras en contra como la de Rousseau y otras intermedias como las de La Mettrie. Los materialistas La Mettrie y d'Holbach reducen todo a materia corpórea, y tienen tesis que defienden la igualdad y

⁵ Alcover, op. cit., p. 78.

el progreso, pero también ideas donde prima la naturaleza y la diferencia esencialista entre hombre y mujer. También, Helvétius, pese a mantener posturas materialistas, propone cambiar la situación factual de las mujeres. En primer lugar la educación, y en segundo lugar el marco legislativo, deben ser los elementos esenciales para lograr la igualdad entre sexos. En *Del espíritu*, considera que la educación proporcionada a las mujeres es la principal causa de su situación de abandono y desconsideración, así como algo pernicioso para el conjunto de lo social:

“En todos los rincones de la tierra, el destino de las mujeres es ser tiranizadas. El hombre salvaje hace de su compañera una esclava y lleva su desdén hacia ella hasta la crueldad. Para el asiático, voluptuoso y celoso, las mujeres son instrumentos lúbricos de sus placeres secretos. En todo el Oriente, secuestrada de la Sociedad, reducida a cautiverio por sus tiranos inquietos, este sexo agradable languidece en la oscuridad y vegeta en una inutilidad tan larga como la vida. El europeo, en el fondo, a pesar de la deferencia aparente que afecta para con las mujeres, ¿acaso las trata de manera más honorable? Al negarles una educación más sensata, al alimentarlas sólo con cumplidos y bagatelas, al no permitirles ocuparse más que de juguetes, modas, adornos, al inspirarles sólo el gusto por los talentos frívolos, ¿no les mostramos un desprecio muy real disfrazado bajo las apariencias de la deferencia y el respeto?”⁶

Además, se ha generado una moral hipócrita respecto a la sexualidad, que apoya la seducción masculina como toda una conquista y critica duramente la libertad femenina desde la bandera del honor y la decencia; para d’Holbach, la mujer está condenada ante el juego de las seducciones, pues siempre está

⁶ HELVÉTIUS, *Del espíritu*, en *La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el Siglo XVIII*, Madrid Anthropos, 1993, pp. 78-79.

al servicio de las pasiones del hombre, “¿Qué idea podemos formarnos de las leyes que dejan sin castigo a seductores tan crueles como los asesinos más decididos?”⁷

Es relevante el hecho de que gran parte de la polémica gira en torno al pensamiento del ginebrino J. J. Rousseau, y en concreto, sobre su problemática idea de la naturaleza. La idea de la naturaleza como realidad última y legitimadora está ya presente en el estado de naturaleza rousseauiano, y la mujer, como naturaleza en su máxima expresión es la defensora de valores ancestrales, incapaz por ello de introducirse en la dinámica social, eminentemente cultural. Así, la mujer no forma parte del contrato social ni de la voluntad general, pues es algo pre-contractual. En oposición a de la Barre, el ginebrino señala que la superioridad física del varón legitima su poder sobre el resto de seres, incluida la mujer. Estas ideas tan misóginas calaron durante el periodo revolucionario, y por ejemplo, muchos de los jacobinos estaban muy influenciados por Rousseau, lo que queda patente en su rechazo a que las mujeres adquirieran los derechos de ciudadanía. Rousseau tiene una visión biologicista y naturalista, donde se observa una clara misoginia; para Rousseau, la educación de la sociedad atormenta a los niños, y frente a esto defiende una educación natural; las mujeres deben cumplir la función natural de cuidar niños y no deben educarse de la misma manera. Si nos detenemos en una de sus obras más destacadas *Emilio, o la educación*, en el último de sus libros, el libro V, Rousseau se centra en la educación de la mujer, encarnada bajo la figura de Sofía. Para Rousseau, la naturaleza ha inscrito en la mujer una finalidad específica, que no es otra que servir al hombre y satisfacer todas sus necesidades: “Si el destino de la mujer es agradar y ser subyugada, se debe hacer agradable al hombre en vez de incitarle”⁸. Desde un claro determinismo biológico, las relaciones entre sexos se constituyen únicamente por la fuerza de la naturaleza; es la dimensión física la que actúa como fundamento de las normas morales en lo concerniente a la vida de hombres y mujeres. Obviamente, esta “naturalidad” en las muje-

⁷ *Ibíd.*, p. 81.

⁸ ROUSSEAU, J.J., *Emilio, o la educación*, Barcelona, RBA, 2002, p. 182.

res las condena a las labores que a juicio del pensador de Ginebra le son propias, como agradar a los hombres, cuidar y educar a sus hijos y, en general, realizar todas las labores domésticas y familiares. En la polémica entre naturaleza y cultura, Rousseau se decanta claramente por la primera, lo que tiene consecuencias en el modelo educativo idóneo para las mujeres y en su formación:

“Cultivar en la mujer las cualidades del hombre y descuidar las que le son propias, es trabajar en detrimento suyo (...). Hacedme caso, madres juiciosas; no hagáis a vuestra hija un hombre de bien, y así podréis estar seguras de que será útil para nosotros y para sí misma”⁹

Estas tesis serán criticadas por otros autores como Condorcet o D’Alembert. Es destacable que Olympe de Gouges parte de los planteamientos rousseauianos, y en concreto, de la idea de que la ley debe ser expresión de la voluntad general, pero afirmando frente al ginebrino que la ley debe ser expresión de los dos sexos. Respecto a d’Alembert, pareja de Madame Lespinasse durante varios años, escribirá una carta dirigida a Rousseau donde critique sus planteamientos pedagógicos y defienda una educación no diferenciada entre sexos, pues las mujeres son consideradas por lo común un ser humano de segunda clase, relegadas a las tareas más ignominiosas y siempre están acompañadas de una terminología despectiva e insultante. D’Alembert ataca el fundamento de las tesis de Rousseau, la determinación natural, alegando que, por el contrario, la experiencia nos muestra que las mujeres son capaces de igualar o incluso superar a los varones.

Mary Wollstonecraft escribió en 1792, *Vindicación de los derechos de la mujer*¹⁰ y se movió dentro del círculo de los radicales ingleses, como Thomas Paine entre otros. Desde la defensa de la razón universal de todos los seres humanos y la aplicación de

⁹ *Ibid.*, pág. 189.

¹⁰ Véase WOLLSTONECRAFT, M., *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 2000.

esta razón a la moral o la política, Wollstonecraft es plenamente ilustrada, y lleva el mensaje revolucionario de libertad, igualdad y fraternidad hasta sus últimas consecuencias. Siguiendo a Rousseau, considera que la desigualdad nace en el ámbito social, y en concreto, en el asentamiento de ciertos prejuicios interesados, y en lo que a las mujeres se refiere, en la creencia en la debilidad ontológica de las mujeres frente a los hombres. Contra este prejuicio, sitúa a la razón como lo más propio de los seres humanos, lo que les hace capaces de guiarse moralmente y de vivir en sociedad. Wollstonecraft denuncia la idea de naturaleza de Rousseau por ser solo una posición interesada para asentar la autoridad de los hombres sobre las mujeres, cometiendo el error de confundir las tradiciones y costumbres con disposiciones constitutivas de la naturaleza. También critica la idea rousseauiana de la virtud, ya que si hay diferencias naturales entre sexos, la virtud no es la misma para todos, y es algo relativo; si la razón es universal, la virtud también lo será. En el *Emilio*, encuentra la contradicción consistente en que si las mujeres son ignorantes, ¿cómo pueden transmitir los valores cívicos a sus descendientes?

Como vemos, en el siglo XVIII, el problema sobre la igualdad y los derechos de la mujer tiene como telón de fondo la distinción naturaleza-cultura, pero hay mucho más; para comprender la complejidad y profundidad del movimiento feminista, es importante señalar la importancia del lenguaje como plataforma expresiva para mostrar las reivindicaciones, utilizando el lenguaje ilustrado para denunciar a los opresores, tanto del Antiguo régimen como de la Revolución, tanto en el espacio privado como en el público, donde la tradición se impone igualmente. Desde esta plataforma, muchas feministas denunciarán las incoherencias del mensaje ilustrado, al excluir a las mujeres de sus legítimos derechos, y apelarán a interpretar sin prejuicios ni intereses el programa universalizador de la época. La educación será otra cuestión esencial en la Ilustración, ya que también tiene repercusión en la desigualdad sexual por causas morales, religiosas y culturales. Se defiende que la educación igualitaria elimina la discriminación.

Cuando en la Revolución francesa se impone el pensamiento universalizador e igualitario, la excepción referida a las mujeres será un problema esencial. El hecho de que una mujer participase en la Asamblea suponía que todas tenían derecho a hacerlo, y los revolucionarios no estaban dispuestos a ello, como expresó con claridad Robespierre. La crisis de legitimación del Antiguo régimen provocó una crisis de la legitimación patriarcal, basada en la defensa de la autonomía de las mujeres, pero sin embargo, sus legítimas reivindicaciones apenas fueron tenidas en cuenta.



Los salones como espacio femenino de diálogo

En los siglos XVII y XVIII mujeres de la nobleza y la alta burguesía organizaban en los salones de sus lujosas mansiones, hoteles parisinos o palacios, tertulias culturales, donde discutían sobre las ciencias, las letras y las artes, las nuevas ideas y la política. En el siglo XVII, uno de los salones más célebres en Francia fue el del Hotel de Rambouillet (hoy Palacio Real), organizado por Catalina de Vivone o el de Madeleine de Scudéry, ambos en París, y ridiculizadas por Molière en *Las Preciosas ridículas*. Sin embargo, en este siglo, solo unos pocos salones eran regentados por mujeres.

En el siglo XVIII se produjo un cambio notable. París era la capital europea de la cultura, y los salones se convirtieron en un lugar habitual de reflexión, diálogo y crítica para las mujeres cultas de la nobleza y la alta burguesía¹¹. Destacaremos los siguientes:

- Madame du Deffard (1697-1780): Educada en un convento benedictino, se casa a los 22 años con el Marqués du Deffard, a quien abandona años más tarde para llevar una vida independiente. En 1747 se instala en el antiguo convento de las Hijas de Saint-Joseph, en las estancias de una de las amantes de Luis XIV; allí, dos años más tarde abre su Salón, que todos los lunes organizaba tertulias a las que asistían Voltaire, Helvétius, Fontenelle o el novelista Marivaux. De todos los salones parisinos, era el más célebre entre los pintores de la época, siendo habituales Van Loo y Vernet. A causa de una ceguera degenerativa, se vio obligada a cerrar su Salón prematuramente.

- Madame Geoffrin (1699-1777): Marie-Thérèse Rodet se casó a los 14 años con el adinerado vidriero Monsieur Geoffrin, de 50 años, en 1715. Unos años después de la muerte de su mari-

¹¹ A continuación, seguimos los trabajos de GERE MASON, A.R., *The women of the French salons*, New York, Kessinger Publishing, 2004; SUMMER, M., *Quelques Salons de Paris au XVIII siècle*, Paris, Société française d'éditions d'art, 1898 y DE VIGUERIE, J., *Filles des Lumières: femmes et sociétés d'esprit à Paris au XVIII siècle*, Bovère, Martin Morin, 2007.

do, abre en el hotel de Saint-Honoré de París un Salón que permaneció activo hasta su muerte en 1777. El Salón de Madame Geoffrin fue frecuentado por filósofos como Diderot, Helvétius, d'Alembert, Marmontel y David Hume, así como por políticos como Benjamin Franklin. Se da el hecho de que Madame Geoffrin, al recibir la herencia de su marido tras enviudar, fue una de las principales inversoras en la realización de la Enciclopedia, si bien es cierto que por sus tendencias conservadoras, era reacia a ciertas ideas políticas y filosóficas.

Madame Lespinasse (1732-1776): Su Salón llegó a ser el más filosófico y con más presencia femenina, siendo famoso porque su anfitriona no se limitaba a moderar y dirigir las intervenciones de sus asistentes, sino que participaba de manera activa y enérgica en los debates. En estrecha relación intelectual y sentimental con d'Alembert, su Salón fue uno de los primeros lugares donde se fraguaron las primeras críticas contra la monarquía francesa, la idoneidad de una República, así como el enciclopedismo.

Madame Roland (1754-1793): Abrió su Salón en la calle Guénégaud, y pronto se convirtió en el punto de encuentro de personalidades como Brissot, Pétion, Robespierre y otros líderes del movimiento popular; sin embargo, cuando empezaron a surgir fricciones entre los grupos jacobino y girondino, Roland tomó parte por los segundos, lo que provocó que aquellos que frecuentaban su salón y gozaban de su afecto fueran los principales impulsores de su encarcelamiento y condena a muerte. En la cárcel, escribió *Llamada a la imparcialidad posterior*. Instantes antes de ser guillotinado pronunció una de las frases más recordadas del movimiento revolucionario francés: "¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!"¹².

- Madame Necker (1737-1794): La franco-suiza Suzanne Curchod, pese a sus orígenes humildes recibió una completa educación gracias al esfuerzo de su padre, que le contrató tutores de Latín, Matemáticas y Ciencias. Tras la muerte de aquel, sobrevivió dando clases particulares hasta que viajó a París, donde

12 DE VIGUERIE, op. cit., p. 114.

conoció a Jacques Necker, quien al poco tiempo se convertiría en el Controlador General de las Finanzas del rey Luis XVI. Del matrimonio entre ambos nació Anne-Louise Germaine, más conocida como Madame de Staël. Habituales de su Salón eran Marmontel, Voltaire, Buffon y los impulsores de la Enciclopedia, Von Grimm, Diderot y d'Alembert. En 1784 financió la creación del Hospital Necker para los niños enfermos de París, aún en uso.

- Madame de Staël (1766-1817): Hija del ministro de Luis XVI Jacques Necker y de Suzanne Curchod, adquirió especial fama y relevancia a partir de 1789, y era conocida como "la reina de París"; en las reuniones de su Salón eran habituales personajes de la talla de Benjamin Constant, Taillierant, Lafayette, Sieyès, Mirabeau o numerosos ingleses defensores de la Revolución francesa. Gran admiradora de Rousseau, escribe *Cartas sobre las obras y el carácter de J.J. Rousseau*. Con el auge jacobino huyó a Inglaterra y posteriormente a Suiza, para volver en 1794 con la caída de Robespierre.

-Sophie de Grouchy (1764-1822): Imbuida por el ambiente prerrevolucionario que vivía la Francia de finales de la década de 1780, Sophie de Grouchy, esposa de Nicolás de Condorcet, creó en colaboración con otros ilustrados un salón filosófico en el Hotel de las Monedas de París, que sería a partir de ahora conocido como el Salón de las Monedas y uno de los centros sociales más importante del período pre-revolucionario¹³, siendo ella el alma de las reuniones. Este Salón desarrollaría su actividad en dos períodos, desde 1789 hasta 1793, cuando se vio obligada a cerrarlo debido a la persecución jacobina, y desde 1799 hasta su muerte. El Salón de las Monedas tuvo dos sedes: inicialmente, estuvo situado en el Hotel de las Monedas, justo en frente del Louvre, y posteriormente, en la Rue de Lille. Por los coloquios y reflexiones del Salón pasaron grandes intelectuales del momento como Benjamín Franklin, Tomas Paine, Jefferson, Adam Smith, Turgot y reconocidas feministas como Olympe de Gouges y la citada Madame de Staël, con la que de Grouchy nunca tuvo una buena relación, por considerarla una persona excéntrica y egocéntrica.

¹³ Véase GUILLOIS, A., *La marquise de Condorcet: sa famille, son salon, ses amis, 1764-1822*, Paris, Ollendorf, 1897.

Madame Helvétius

Ilustración, razón y revolución en el Salón de Auteuil

Durante su primera etapa, este Salón se convirtió en uno de los grandes focos del movimiento girondino y de la defensa de los derechos de la mujer. De la misma manera, de Grouchy, a través de su Salón, estaba al corriente de todo el movimiento cultural de su tiempo; posteriormente, con el advenimiento de Napoleón al poder en 1804, de Grouchy orienta los debates hacia la crítica de su figura autoritaria y defendiendo la República.

Las mujeres en la Revolución Francesa

Todo este marco reivindicativo, tanto a nivel teórico como práctico cristalizó durante el proceso revolucionario, siendo los movimientos femeninos un importante activo para el triunfo final de la Revolución. Así, por ejemplo, en la primavera de 1789 se pidió a los habitantes de Francia que realizasen proposiciones para la vida pública y para elegir a los diputados de los Estados Generales, lo que se conocería como *Cahiers de doléances*. Es importante destacar que en 1790, uno de los *Cahiers de doléances* pedía el divorcio, apelando a la dignidad del matrimonio y a la pureza de las costumbres, ya que tanto una como otra están terriblemente degradadas. En el siglo XVIII, y principalmente durante el movimiento revolucionario, las mujeres piden ser representadas por mujeres en los diferentes ámbitos políticos, por una razón tan sencilla como que un noble nunca es representado por un plebeyo ni viceversa:

“Estoy tan convencida de la justicia de nuestra causa que si os dignáis asistirme con (...) el poder de vuestro entendimiento, dictaremos a nuestros adversarios, los hombres, la capitulación más honorable para nuestro sexo.”¹⁴

Los *cahiers* se desarrollaron como listas de quejas en un ambiente marcado por la necesidad y la crisis política; en este aspecto, muy pocos *cahiers* fueron hechos por mujeres, siendo los más destacados los de las trabajadoras parisinas. Véase este *cahier*:

¹⁴ *La Ilustración olvidada, La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, edición de Alicia H. Puleo, Madrid, Anthropos, 1993, p. 136.

“Petición de las mujeres del Tercer Estado al Rey. 1 de enero de 1789:

Señor:

En un tiempo en el que los diferentes Órdenes del Estado se ocupan de sus intereses, en el que cada uno trata de hacer valer sus títulos y sus derechos; en el que los unos se atormentan por recordar los siglos de la servidumbre y de la anarquía, mientras que los otros se esfuerzan por librarse de las últimas cadenas que les atan aún a un imperioso vestigio de feudalidad, las mujeres, continuos objetos de admiración o del desprecio de los hombres, las mujeres, en esta común agitación, ¿no podrán también hacer oír su voz?.

Excluidas de las Asambleas Nacionales por leyes demasiado bien cimentadas para contravenirlas, ellas, Señor, no os piden permiso para enviar sus diputados a los Estados Generales, pues demasiado bien saben cómo el favor contaría en la elección y cómo les sería fácil a los elegidos no respetar la libertad de los sufragios.

Preferimos, Señor, poner nuestra causa a vuestros pies, y no queriendo obtener nada más que de vuestro corazón, es a vuestro corazón al que dirigimos nuestras quejas y confiamos nuestras miserias.

Las mujeres del Tercer Estado nacen casi todas sin fortuna; su educación está totalmente olvidada o, incluso, es de baja calidad. Consiste en enviarlas a una escuela cuyo maestro no sabe la primera palabra de la lengua que enseña, y permanecen en ella hasta que saben leer el Oficio de la Misa en francés y las Vísperas en latín. Una vez conocidos los principales deberes de la religión, se las enseñan a trabajar, eso a la edad de los quince o dieciséis años, en que pueden ganar cinco o seis sueldos al día. Si la naturaleza les ha negado la belleza, se casan, sin dote, con desgraciados artesanos, vegetan penosamente en las provincias y dan la vida a los niños que no están en condiciones de criar. Si por el contrario nacen hermosas, sin cultura, sin principios, sin idea de moral, se convierten en presas del primer seductor, cometen una primera falta y vienen a París a ocultar su vergüenza, acaban por perderla totalmente y mueren víctimas del libertinaje.”¹⁵

Asimismo, el 5 de octubre de 1789, 7000 mujeres de los mercados invadieron la Asamblea, tras entrar en Versalles, abanderando una movilización en favor del proceso revolucionario, temiendo que el levantamiento se enfriase. La labor de los salones supuso un caldo de cultivo fundamental para la acción social de las mujeres a partir de 1789; fue esencial para que en París se estableciera la “Sociedad Fraternal de Ciudadanos de Ambos Sexos” que reunía a casi mil hombres y mujeres con el fin de integrar a las mujeres en la política francesa; entre otras reivindicaciones, se pedía el voto femenino, el divorcio y la abolición de las leyes de herencia a favor del varón primogénito. De todo esto, solo se aprobó con facilidad la última exigencia, y para debilitar a los grandes nobles patriarcas.

15 VVAA, 1789-1793. *La voz de las Mujeres en la Revolución Francesa. Cuadernos de quejas y otros textos*, Barcelona, Edicions de les donnes, 1789, p. 138.

Tampoco podemos obviar el hecho de que cuando las grandes monarquías extranjeras declararon la guerra a los insurgentes franceses, muchas mujeres participaron en la creación del ejército popular de *sans-culottes*; entre ellas, Théroigne de Méricourt, acérrima valedora de la igualdad legal y real entre sexos y defensora del derecho de las mujeres a llevar armas. Sin embargo, la mayoría de estas reivindicaciones fracasaron en sus exigencias tras la caída de Luis XVI y el establecimiento de la República francesa; incluso se produjeron escisiones entre las revolucionarias. Algunas como Olympe de Gouges (guillotizada en 1793 por su oposición a la represión) o E. Palm fueron atacadas por sus ideas políticas por las partidarias jacobinas. Es más, la citada Théroigne de Méricourt, girondina confesa, recibió en la primavera de 1793 una paliza por parte de una turba de mujeres jacobinas que a la larga le ocasionaría la muerte. A todo esto hay que sumarle el hecho decisivo de que Robespierre nunca vio con buenos ojos la acción revolucionaria de las mujeres organizadas en grupos como el de las "Ciudadanas Republicanas Revolucionarias". Robespierre y otros jacobinos, cuando alcanzaron el poder político y en las calles, eliminaron todos los clubes femeninos, con la justificación de que la naturaleza femenina impone ciertas limitaciones intelectivas insalvables, perniciosas para la vida política.

La Revolución francesa había triunfado, pero las exigencias feministas se diluyeron y fueron traicionadas por los propios revolucionarios cuando alcanzaron el poder.

Vida y pensamiento de Madame Helvétius

Vida de Madame Helvétius

Si nos detenemos en los escasos trabajos existentes sobre la figura de Madame Helvétius, observamos que en lo que a su perfil biográfico se refiere emergen rápidamente dos errores notables: por una parte, ya sea debido a la falta de documentación veraz sobre su vida o al espíritu “creativo” de ciertos historiadores, resulta sencillo ver que los acontecimientos más destacados en la vida de Madame Helvétius resultan ser una suma de anécdotas, ideas imprecisas y errores que, al ser repetidos mil veces, se convierten en verdad. Por otra parte, estamos ante el demasiado frecuente prejuicio de simplificar la vida de una persona por su condición sexual, en el caso que nos compete, por ser mujer. Bastante de la ya de por sí escasa bibliografía existente sobre Madame Helvétius adolece de un evidente enfoque simplista y sesgado que hace especial hincapié en la belleza física, los amores y desamores existentes acerca de la vida sentimental de nuestra protagonista¹⁶, las infidelidades de su marido, su capacidad para perdonarle y valorar sus cualidades intelectuales por encima de sus faltas matrimoniales, su condición de mujer viuda, sus amantes o las proposiciones matrimoniales que rechazó de personajes célebres como Turgot y Benjamin Franklin. Así, por encima de imprecisiones, errores y prejuicios sexistas, uno de los objetivos que nos planteamos en este estudio se basa en hacer todo lo posible por mantenernos fiel a los hechos, fuesen como fuesen, y hacer bandera del rigor y la objetividad; y este propósito es más decisivo si cabe cuando nos enfrentamos ante la vida de una mujer de una gran valía intelectual que, desgraciadamente, se ha visto eclipsada por rumo-

¹⁶ Es curioso observar que la mayoría de descripciones físicas sobre Madame Helvétius la definen como una mujer extraordinariamente bella, de pelo rubio y ojos azules, a pesar de que los retratos realizados por Van Loo la pintan con el cabello oscuro, canoso y ojos oscuros.

res que nada tienen que ver con la investigación y la veracidad histórica.

Tras esta aclaración pertinente, empezamos afirmando que Anne-Catherine de Ligniville, futura Madame Helvétius, nace en el castillo de Ligniville el 22 de julio de 1722, siete años después del matrimonio de sus padres siendo la cuarta hija de los dieciocho descendientes que tuvieron. Ese mismo día es bautizada en Nancy, en la iglesia de Saint-Sébastien. Su familia pertenecía a una alta nobleza venida a menos desde finales del siglo XVII. Los Ligniville-d'Autricourt eran una de las cuatro familias que formaban en Lorena, "Los grandes caballos de Lorena". Su padre, Jean Jacques, ostentaba un alto cargo al servicio del duque Leopoldo de Lorena y era capitán de una de sus compañías. Falleció en 1769 a la edad de 76 años. Su madre, Élisabeth-Charlotte era familia del dibujante y grabador barroco del Ducado de Lorena, Jacques Callot, y falleció en 1762 con 62 años.

En su niñez fue cuidada por su tía, Madame de Graffigny, concretamente entre 1727 y 1733. Estos años fueron muy importantes para Madame Helvétius o, como la llamaban cariñosamente, "Minette" y, como manifiesta en una de sus cartas, pasaron diez años hasta volver a reencontrarse con su tía: "Hay personas con suerte; tras haber estado separadas nueve o diez años, ahora al reencontrarnos, le veo a usted mucho mejor ahora."¹⁷

En 1738, como era habitual para las jóvenes de la aristocracia francesa, Madame Helvétius es enviada al convento de la Congregación de Nuestra Señora de Ligny-en-Barrois, en Meuse, donde pasa unos dos años. El objetivo de su estancia en el convento no era otro que adquirir los valores propios de su sexo: la preparación para el matrimonio, las virtudes religiosas, la apertura a la trascendencia y la espiritualidad. Como iremos viendo, estos objetivos no se alcanzaron en Madame Helvétius, aunque sí aprendió el amor por la vida sencilla y, sobre todo, por ayudar a los más necesitados, algo que llevó a la práctica en todo momento. En torno a 1740, vuelve con sus padres hasta que, seis años más tarde, se instala en París junto a su tía, Madame de Gra-

¹⁷ HELVÉTIUS, *Correspondance générale*, I, Toronto et Oxford, Éd. David Smith, 1981, lettre 53. La traducción es nuestra.

ffigny, en un apartamento de alquiler en la calle Saint-Hyacinthe, muy cerca de la actual estación de metro *Luxemburgo*. Durante esa época, ambas sobreviven gracias al trabajo de su tía como escritora, que publica en 1747 *Cartas de una peruana*, y en 1750, *Cénie*. La primera de esas obras granjeó a Graffigny gran popularidad y reconocimiento, así como el rechazo de las autoridades eclesiásticas. *Cartas de una peruana* es una novela epistolar que sigue muy de cerca la estructura de las *Cartas Persas* del barón de Montesquieu, pero también su trasfondo crítico con las costumbres y tradiciones francesas. En concreto, Graffigny se centra en denunciar la situación de las mujeres francesas, forzadas a vivir en un mundo lleno de reglas y convenciones hechas exclusivamente para el interés de los hombres. Por su contenido y su tono irreverente, se comercializó de manera clandestina y fue añadida al *Index* de libros prohibidos en 1765. Consiguientemente, Madame de Graffigny se ganó pronto el rechazo de la Iglesia pero, al mismo tiempo, el favor de los ilustrados que llevaban tiempo denunciando los abusos del poder político y religioso. Por este motivo, el apartamento en el que vivían Madame Helvétius y su tía empezó a ser frecuentado por pensadores como Turgot, Voltaire, Condorcet o Helvétius. Este último sintió atracción por Madame Helvétius, y no únicamente por su físico, también por sus inquietudes intelectuales y por su carácter afable, cercano y sensible a las personas desdichadas. El 17 de agosto de 1751 se casan.

Nacido en 1715, Claude-Adrien Helvétius¹⁸ era hijo y nieto de médicos. Su familia, originaria de Holanda, se establece en Francia bajo el reinado de Luis XIV. Su padre adquirió gran fama al curar al futuro Luis XV de una extraña enfermedad y pasó a ser Consejero de Estado y médico de la Reina María Leczinska. Helvétius pronto obtiene de manos de la Reina una plaza como Granjero general, encargado de administrar la producción agrícola del país. Con este trabajo, recibe una importante suma de dinero cada año y en poco tiempo amasa una fortuna considerable. Además, su fama aumenta por su filosofía materialista

18 Seguimos a GUILLOIS, A., *Le Salon de Madame Helvétius*, Paris, Calmann Lévy éditeur, 1894, cap. I.

y atea, cristalizada en obras como *Del espíritu*. Al casarse y tras trece años al frente de la administración agrícola, Helvétius deja su trabajo y vive de las rentas que tiene junto con su mujer. Ambos se retiran a la finca que Helvétius había comprado en 1743 en el bosque de Voré, cerca de Chartres, al sudoeste de París, donde pasan unos 8 meses al año. Allí, el matrimonio invertía una parte importante de los ahorros que tenían en ayudar a los más desfavorecidos de la zona, afectados constantemente por las malas cosechas y el hambre. Al respecto, Madame Helvétius obtuvo pronto el reconocimiento y el afecto de los pobres ya que pagaba la fianza que tenían que abonar por cazar en propiedades privadas. Durante los meses de verano, el matrimonio se traslada a París, a un hotel situado en la calle Santa Ana que, como homenaje, ahora se llama calle Helvétius. En ese hotel, Madame Helvétius mantenía muchas de las visitas que tenía cuando vivía con su tía y, además, empezó a participar directamente en los asuntos que se trataban. Desde este punto de vista, su marido fue clave para configurar muchas de las inquietudes de nuestra protagonista; él era una persona conocida y respetada por los círculos intelectuales parisinos. Los *philosophes* le tenían en gran estima y muy pronto empezaron a valorar también a su esposa. Además de los citados Turgot, Voltaire y Condorcet, Madame Helvétius conoció en esos meses de verano en París a Diderot, d'Alembert, d'Holbach, Raynal, Galiani, Beccaria, Marmontel, Morellet, Duclos, Sant-Lambert, Hume y Schomberg, que se reunían todos los martes para cenar y, posteriormente, debatir sobre asuntos de actualidad política o de filosofía que llamaban "Los Estados Generales del espíritu humano"¹⁹.

Madame Helvétius tuvo con su marido cuatro hijos. La mayor, Élisabeth-Charlotte, nace el 3 de agosto de 1752; una segunda hija nace el 23 de julio de 1754; un varón, Claude-Francoise-Joseph en 1757 que falleció a los catorce meses y, finalmente, el 7 de octubre nace su hija Beatriz, que fallece a las pocas semanas.

A finales de 1758 muere su tía, Madame de Graffigny, a la que considera su madre adoptiva y a quien le debe haber tenido

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14. La traducción es nuestra.

la oportunidad de desarrollar un pensamiento crítico así como entrar en contacto con la vida parisina. Esta carta escrita desde su casa de Voré destinada al heredero de su tía es una buena muestra del amor que le profesaba:

“Mi querido Panpan, ¿te parece bien que lloremos juntos la pérdida que ambos hemos sufrido con Madame de Graffigny? Durante todo el tiempo usted ha sido su amigo de corazón y ella le ha dado a su muerte una señal bien preciada. Ella le lega todos sus escritos; ha sido expresada su voluntad así para que todo le fuese entregado a usted. Le digo para su gloria y para su consuelo que todo París los espera con la más viva impaciencia. Creo, mi querido Panpan, que amas mucho su nombre y su reputación como para frustrar las expectativas del público. Sin duda que, tan pronto como les sean entregados, trabajará sin relax para dejarlos dignos de su justa diligencia y preparar una edición que sea igualmente honorable para el autor y para el editor. Pero, ¿no cree mi querido Panpan, que será necesario que venga a pasar a París al menos un año para tener de la mejor manera posible los consejos y las opiniones de las gentes de letras que quieren la gloria de nuestra amiga común tanto como querían a su persona? Piense en el interés que ambos tenemos. Me parece que mi dolor aumenta mi apego y que no puedo recibir un consuelo mayor que contribuir a que permanezca el inmortal recuerdo de mi querida mamá. Está usted en condiciones, mi querido amigo, de darme esa satisfacción, pero desafiaría un poco su pereza que solo puede estar ocasionada por su mala salud, que temo que pueda empeorar por este trabajo; sin embargo, si siente el coraje y la fuerza para emprenderla, le pido encarecidamente que lo haga con la íntima seguridad que tengo de

que nadie lo haría mejor que usted, inspirado sobre todo por la amistad. Pero no hay tiempo que perder. Hay que aprovechar los intereses del público. Nada es tan fútil e inconsecuente como el público mismo; no hay que dejar que este interés languidezca. Nos castigarían por eso. Empiece, mi querido Panpan, tan pronto como reciba esta carta. Creo que es necesario. Se trata de la gloria de su más tierna amiga. Debe olvidarlo todo para centrarse en ella. La amistad que hay entre vosotros es una ley indispensable. Recoja, por el camino, todo lo que encuentre en sus cartas y selecciónelo. Le enseñaré con la mayor impaciencia. Me olvidaba decirle que recopile también todas las anécdotas más destacadas de su vida. Así, a la cabeza de sus obras, será necesario, si lo considera conveniente, que con toda la fuerza y energía de la que sea usted capaz, logre un compendio con la grandeza de su alma, la sensibilidad inolvidable de su corazón, la profundidad y la extensión de su espíritu; la conoce mejor que nadie, razón de más para hacer un retrato digno de ella, y de usted, y de la prosperidad. Permanezca ligado sobre todo a conocer esa dulce y sublime filosofía de corazón que caracterizaba sus costumbres y su carácter.

Un abrazo de todo corazón, querido Panpan, de mi parte y de mi marido también.”²⁰

Al poco tiempo, Madame Helvétius sufre una depresión que le obliga a permanecer en cama una larga temporada. Evidentemente, a la tristeza por la muerte de su tía hay que sumarle la pérdida prematura de dos hijos. Su enfermedad es un ejemplo de su carácter afable y su fuerte personalidad pues, pese a

20 Colección personal de Antoine Guillous presente en GUILLOIS, A., *Le Salon*, pp. 20-21. La traducción es nuestra.

la animadversión evidente de su marido hacia la Iglesia, recibe en casa a numerosas visitas de jesuitas que se interesan por su salud. Independientemente de sus inclinaciones políticas, Madame Helvétius se había ganado el respeto de todos por sus obras caritativas.

A comienzos de la década de 1770, Helvétius, tras un viaje por Inglaterra, vuelve a Voré con la intención de concluir muchos de sus escritos y materializar las conclusiones extraídas sobre las costumbres y tradiciones de los ingleses, pero pronto enferma de gota, que le afecta rápidamente a las extremidades, al estómago y a la cabeza. El 26 de diciembre de 1771 fallece a la edad de 56 años.

Helvétius no escribe testamento pero deja 50000 libras a cada una de sus hijas. Además, la mayor, que pronto sería Madame de Mun, recibirá las tierras que Helvétius tenía en Lumigny; la menor, que será Madame d'Andlau pasará a ser la propietaria de la mansión en Voré. Ambas se convierten en propietarias de la casa de la calle Sainte-Anne, la mayor como propietaria del inmueble y la menor, como propietaria del mobiliario. Los derechos de la herencia de Madame Helvétius estaban limitados desde su contrato de matrimonio: recibirá un derecho de vivienda de 2000 libras al año, 8000 libras de renta y una donación de 10000 libras de renta por viudedad. En total, 20000 libras a las que se sumaba un "préciput" (derecho civil acordado a un heredero), su carroza personal con dos caballos y 8000 libras para su funeral.

Al enviudar, Mme Helvétius vivió en un apartamento en la casa de la calle Sainte-Anne, propiedad ahora de su hija mayor, pero el 30 de abril de 1772 invierte parte de la herencia comprando una casa en la Grande Rue de Auteuil²¹ al pintor Quentin de La Tour²². La casa, que pronto se convirtió en la residencia de nuestra protagonista y en su Salón, tenía las siguientes caracte-

21 Actualmente, la casa comprada por Madame Helvétius es un inmueble situado en el número 59 de esa misma calle. Antes fue un hotel y, posteriormente, la Escuela Normal de la Alianza israelita.

22 De la Tour fue un retratista rococó que empleaba la técnica de pintura al pastel. Retrató, entre otros, a Voltaire, Rousseau, Luis XV y Madame de Pompadour.

rísticas: un primer nivel cuya planta tenía forma de sierra y una planta superior compuesta por:

“[...] un pequeño salón techado en forma de bóveda, con el suelo compuesto por grandes cuadrados de vetas de mármol blanco, artesonado en todo su perímetro y también en altura. [...] A la derecha hay una habitación con chimenea. Está techada con losas de piedra. [...] Por el otro lado del pequeño salón hay un dormitorio con escaparate de alcoba y dos pequeños despachos. [...] Está artesonado en parte. [...] Esa habitación tiene el suelo con losas cuadradas de loza. El techo es abovedado. A continuación, hay un despacho techado también en forma de bóveda con cuadrados de piedra blanca y negra. [...] En ese cuarto hay dos cuellos de cisne en cobrizo que adornan una bañera. [...] Más allá de ese pasaje hay una habitación secundaria con grandes baldosas de mármol [...] con un sillón de carpintería con dos aberturas de adorno.”²³

Además, tenía una pajarería, un pozo, un cobertizo y un jardín con acacias y rosas. La parte habitable se componía de un salón, un dormitorio, una cocina, un cuarto de baño y un inodoro. A la derecha de su propiedad estaban unos jardines reales y a la izquierda la casa de un notario que trabajaba en París. En frente había una fuente de agua potable célebre por su salubridad que era frecuentada por personas de la zona e, incluso, por el Rey.

Instalada en la casa de Auteuil, Mme Helvétius disfrutaba de la tranquilidad pero también detestaba la soledad, razón por la cual siempre estaba acompañada de amigos e invitados que le regalaban gatos persas, hortensias, rododendros y plantas exóticas. Dos huéspedes habituales fueron el abad Morellet y Martin Lefebvre de la Roche.

²³ *Archives nationales*, Minutier central, LI, 956, 13 septembre 1748. La traducción es nuestra.

A finales de 1776 llega a París Benjamin Franklin, que se instala en la casa de un aristócrata que apoyaba la causa de la independencia americana. A través de Turgot, llega a Auteuil, que visita dos o tres veces a la semana. Pronto se hicieron grandes amigos, si bien es cierto que tenemos que descartar la tesis de que Franklin propuso matrimonio a Mme Helvétius.²⁴ Meses más tarde se añaden a las visitas otros diplomáticos norteamericanos entre los que destaca Thomas Jefferson.

Dos años más tarde, a través de Turgot y Roucher, Madame Helvétius recibe en su casa a Pierre Jean Georges Cabanis, de veintiún años. Huérfano de madre desde su niñez, Madame Helvétius lo acoge como si fuera su hijo, máxime porque tenía la misma edad que debía tener su hijo fallecido. Para nuestra protagonista, la presencia de Cabanis cambió su vida radicalmente, sobre todo su estado de ánimo, ya que este se estableció de forma definitiva en Auteuil. Pronto surgió una relación materno-filial que duró hasta el fallecimiento de Mme Helvétius. Con una lesión en el brazo derecho desde que se cayó de un caballo, su madre adoptiva se encargaba de cuidarle y paliar sus limitaciones cotidianas. Como veremos más tarde en profundidad, Cabanis estudia ciencias y medicina, pero lee habitualmente obras de historia y de filosofía, principalmente autores griegos, latinos y textos del filósofo británico John Locke. Sus conocimientos de medicina refuerzan sus lazos con Madame Helvétius, ya que esta ayudaba económicamente a los más necesitados de Auteuil; ahora, Cabanis les atendía en una pequeña consulta que preparó en la casa.

En poco más de un año, Madame Helvétius tiene que hacer frente a la pérdida de dos viejos amigos que conoció a través de su marido y que, tras su muerte, frecuentaban habitualmente su casa: Condillac y Turgot. Ambos formaban parte de la “primera generación de integrantes del Salón de Auteuil”²⁵ y eran considerados los contertulios más célebres y respetados. Con su pérdida, Madame Helvétius sufrió un duro golpe por dos moti-

²⁴ Véase American Philosophical Society, Philadelphia, ms. Franklin XL, 189 (lettre non datée de Mme Helvétius); XLIII, 119 (lettre de Mme Brillon à Franklin du 30 décembre 1785).

²⁵ Seguimos a GUILLOIS, A., *Le Salon*, cap. III.

vos: por una parte, perdió a dos grandes amigos que mantenían vivo el recuerdo de su esposo y estuvieron a su lado en todo momento; por otra parte, el Salón sintió notablemente su ausencia y perdió relevancia durante varios años. Desde este momento, Mariette (como era conocida en sus círculos más íntimos) se centró en sus hijas, en aglutinar los escritos de Helvétius y en continuar las tertulias y debates cada martes por la tarde. Durante ese periodo de su vida, su huella se pierde y apenas tenemos datos.

A finales de la década de 1780, Mme Helvétius vuelve a la palestra como una firme activista y defensora de la caída del Antiguo régimen. El municipio de Auteuil se suma rápidamente a la revuelta popular y la lideresa de su Salón realiza una «contribución patriótica» de 4500 libras el 25 de abril de 1790 que pagará en tres años.²⁶ Durante la etapa siguiente, su Salón, junto con el Salón de las Monedas de Sophie de Grouchy y la casa de Mirabeau se convierten en los centros de reunión de los principales revolucionarios. Sin embargo, la Revolución francesa gira súbitamente hacia la radicalidad jacobina y pronto, muchos de sus impulsores empiezan a ser perseguidos. En este momento, Madame Helvétius convierte su casa en lugar de protección para muchos de ellos, aprovechando sus buenas relaciones con todas las facciones políticas, incluidos los seguidores de Robespierre. Así, protege al matrimonio Sophie de Grouchy-Condorcet, quien es perseguido por negarse a votar a favor de la muerte de Luis XVI, y a otro contertulio habitual, Destutt de Tracy, hasta que es apresado. Madame Helvétius pidió su libertad en numerosas ocasiones pero fue en vano. Durante el Terror, la casa de Auteuil se vacía y únicamente permanecen en ella, sanos y salvos Madame Helvétius y Cabanis. A ellos se añade en 1794 Sophie de Grouchy, viuda de Condorcet, que es protegida por Mme. Helvétius, que consigue para ella un documento de idoneidad por parte del Comité revolucionario de Auteuil; de Grouchy fue desposeída de todas sus propiedades y llegó a su casa con unos pocos efectos personales y su hija de cuatro años.

²⁶ *Ibid.*, p. 75.

Tras la caída de Robespierre, Madame Helvétius retoma la actividad de su Salón y sigue viviendo con Cabanis y con quien se convierte en su mujer, Charlotte de Grouchy, hermana de Sophie. Durante esa etapa de su vida, suele estar rodeada de niños, sus siete nietos, los hijos de Cabanis, Éliza de Condorcet, la hija de Roucher o el nieto de uno de los editores de las obras de su marido, Ambroise Firmin-Didot, quien en una carta recuerda sus años de infancia junto a Mme Helvétius:

“A la hora de su almuerzo, con frecuencia, ella hacía que me acercara a su sofá para recitar alguna de las fábulas de La Fontaine y, rodeada de gatos, distribuía los granos de maíz de un amarillo oro, que siempre adornaban su enorme cuarto. Y en su jardín, las hortensias, los rododendros y otras plantas nuevas, que le regalaban sus amigos, eran cultivadas con cuidado por su jardinero. Para animarme a colaborar, me dejaba, junto a mi hermano menor, un trocito de terreno al final del suyo para que lo preparásemos también.”²⁷

En 1794, fallecerá una de sus nietas, hija de Mme de Mun, a la edad de 15 años, lo que provocará que esta entre en un estado de depresión y melancolía que irá deteriorando su salud, hasta que en 1799, morirá en su casa de la parisina rue d'Anjou. Tremendamente afectada por la pérdida de su hija mayor y delicada de salud, sobre todo del estómago, Mme Helvétius coge un catarro a finales del invierno de 1800 que se convertirá en una neumonía que, finalmente, le produce la muerte el 13 de agosto. En sus últimos momentos estuvo acompañada de sus hijas, de su amigo de La Roche y de Cabanis a quien le dedicó sus últimas palabras: “Estoy siempre”²⁸. Ese mismo día, por la tarde, fue enterrada en el jardín de su casa, en un nicho que ella misma mandó construir días antes. La ceremonia fue sencilla y no religiosa.

²⁷ Correspondence générale, IV, p. VII. La traducción es nuestra.

²⁸ GUILLOIS, A., *Le Salon*, p. 148. La traducción es nuestra.

En su testamento legó el disfrute de su propiedad a Cabanis y a La Roche:

“Dono y lego a los ciudadanos Lefebvre de La Roche y Cabanis, mis viejos amigos, el disfrute de mi casa y de los bienes inmuebles, camas, ropa y, en general, todo aquello que encuentren tras mi fallecimiento; la propiedad de todo debe pertenecer a mis nietas que viven en Andlau. Sé que las leyes se oponen a estas disposiciones, pero el apego de mis hijas y nietas me asegura que cumplirán con mis últimas intenciones. Ellas me ayudaron a pagar los sentimientos de reconocimiento que mi corazón guarda hacia esos dos amigos que han hecho posible mi felicidad, con mi familia, y que me han ayudado en los días que no han sido preciosos disfrutando de la ternura de mis hijos y de los agradecidos cuidados de mis viejos amigos.

Mi cariño es igual para todos los míos. Solamente he tenido mi casa, que no es divisible, y que será para mis dos nietas, por la razón de que creo que así permanecerá más tiempo en mi familia; mi cuerpo será depositado allí y gozará de la intimidad y el placer de quienes quieran reunirse allí. Exceptúo de mi legado del mobiliario todo mi armario, que se lo dejo a las dos hijas de Marin, a las que he criado.”²⁹

En 1817, sus restos fueron enviados al cementerio municipal junto con una pequeña inscripción funeraria. Finalmente, en el año 1892, la Sociedad histórica de Auteuil costea una nueva sepultura con su nombre, y su tumba es situada junto a la de Cabanis. El abad Morellet, amigo íntimo, en una carta al conde de Shelbourne la definía así:

²⁹ *Ibid.*, p. 150. La traducción es nuestra.

“Sensible y extrovertida, apreciaba los disfrutes sencillos de la vida. Ella amaba sus pájaros, su jardín, su casa, sus amigos y sus flores como el primer día, como se ama cuando tenemos quince años, y la felicidad de la que gozaba, la contagiaba a todos aquellos que la rodeaban.”³⁰

*

Pensamiento de Madame Helvétius

Con anterioridad, hemos hecho referencia a que la figura de Madame Helvétius ha sido víctima del prejuicio de reducir su semblanza a un conjunto de anécdotas, curiosidades y amoríos que durante mucho tiempo la han desfigurado. Algo similar sucede cuando intentamos profundizar en su perfil intelectual. Por una parte, nos encontramos con el célebre dicho de “una mentira repetida mil veces se convierte en verdad” ya que a finales del siglo uno de sus huéspedes habituales, el padre Morellet, escribe a propósito del Salón de Madame Helvétius lo siguiente:

“La maestra del Salón quebrantaba un poco la sociedad. Le gustaba tan poco la filosofía como a Madame d’Holbach. [...] A Madame Helvétius, bella y con un espíritu original y de naturaleza penetrante, le incomodaban notablemente las discusiones filosóficas.”³¹

Desde este momento, sus palabras se repiten frecuentemente en algunas de las investigaciones sobre la esposa de Helvétius, de tal manera que la conciben como el alma de constantes

30 Carta de André Morellet al conde de Shelburne, 30 de abril de 1788, en HELVÉTIUS, *Correspondance générale*, I, p. 172. La traducción es nuestra.

31 VAHLKAMP, Ch. G., “L’abbé Morellet et Madame Helvétius” en *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, Oxford, Voltaire Foundation, 1999, p. 24. La traducción es nuestra.

debates intelectuales que, incomprensiblemente, no le interesan en absoluto. Sin embargo, creemos conveniente dudar acerca de dicha afirmación a la luz de los hechos históricos y de la figura de quien se trata, el padre Morellet, pues la amistad entre Madame Helvétius y este se trunca durante la Revolución francesa por cuestiones políticas. Morellet se ve obligado a abandonar Auteuil por sus planteamientos reaccionarios y anti-revolucionarios. Así, sostenemos que dicha afirmación es fruto del rencor y la enemistad surgida entre ambos.

Asimismo, esta tesis se apoya en otros datos que tenemos sobre Madame Helvétius, si bien es cierto que no se conocen de ella escritos que nos autoricen establecer un análisis profundo y detallado sobre su pensamiento. Ahora bien, los datos biográficos permiten construir un retrato bastante aproximado acerca de sus ideas filosóficas y sociales, así como de su posicionamiento político durante la Revolución francesa.

En primer lugar, es invalidar romper la tesis que sitúa a Madame Helvétius como una mujer invisible y simple consorte de su marido, como ha sucedido más de una vez con parejas del siglo XVIII³². Su relación con Helvétius le permitió entrar en contacto con los principales filósofos de su tiempo y, leyendo los escritos de aquel, empezó a tener conocimiento de ideas relacionadas con la gnoseología, la educación y la política. Ambos vivían largas temporadas en el hotel que Helvétius tenía en la parisina calle Sainte-Anne, y todos los martes por la tarde se reunían allí personalidades de la talla de Diderot, Turgot, Condorcet o d'Holbach. En esa época (décadas de 1750 y 1760), eran habituales los viajes del filósofo a Inglaterra y Holanda y, durante prolongadas ausencias, era ella quien dirigía las tertulias y debates. Otro dato concluyente que resalta los posicionamientos de Madame Helvétius es que, tras publicar Helvétius su obra *Del espíritu*, paradigma de una filosofía atea, irreverente y materialista, fueron muchos los amigos y conocidos que le sugirieron frenar su pu-

32 Un ejemplo claro de "mujer olvidada" es Sophie de Grouchy, más conocida como Madame de Condorcet, quien fue una influencia decisiva en las ideas feministas de su marido y escribió *Cartas sobre la simpatía*, obra prácticamente desconocida hasta hace un par de décadas. Al respecto véanse, De GROUCHY, S., *Cartas sobre la simpatía*, Sevilla, Padilla libros, 2011 y *Cartas de amor a Maillia Garat*, Sevilla, Arcibel, 2011 y HURTADO SIMÓ, R., *La filosofía de Sophie de Grouchy*, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2014.

blicación para evitar problemas con las autoridades políticas y religiosas; ante este movimiento, una de las pocas defensoras de la publicación de la obra fue Madame Helvétius quien, además, ayudó a su esposo en la preparación de sus polémicos textos: “Mme Helvétius se consagró enteramente a las dos obras de su marido, *Del espíritu* y *Del hombre, de sus facultades y de su educación* y, gracias a ella, las podemos llamar sus dos obras maestras.”³³ Con *Del espíritu* listo para su publicación, se alzaron voces críticas como las de Buffon, para no disgustar al Rey, Condorcet, quien acusaba a su amigo de defender ideas egoístas y Turgot, que consideraba su obra detestable e inmoral porque subrayaba la vanidad y el partidismo por encima de todas las virtudes sociales³⁴. Madame Helvétius recibió presiones de muchos de ellos para que consiguiese la inmediata retractación de su marido. Sin embargo, ella se reafirma en la necesidad de la publicación de la obra, hace intervenir a un pariente suyo, el influyente duque de Choiseul e, incluso, escribe a Malesherbes, Jefe de la Oficina de Censura, pidiéndole protección para el filósofo contra los ataques de las autoridades políticas y religiosas. Años más tarde, con su marido ya fallecido, Madame Helvétius es la principal impulsora de la publicación de las obras completas de Helvétius en sucesivas ediciones: en 1774 en ocho volúmenes, en 1784 en cinco volúmenes y en 1795 en catorce volúmenes. A esta actitud tan firme y decidida hay que sumarle que, tras enviudar, rechazó la forma de pensar de muchas mujeres de su tiempo que, al perder a sus maridos, se retiraban a un convento o tenían como prioridad dejar a sus hijas “bien casadas”; quería construir una vida activa, ser una mujer emprendedora e independiente, como sabemos no solo a la luz de su trayectoria, también a través de una conversación que tuvo con Diderot meses después del fallecimiento de Helvétius: “Yo no soy una esclava”³⁵.

Un segundo aspecto decisivo que nos permite situar a Madame Helvétius dentro del conjunto de *salonnières* y, princi-

³³ LESCURE, M. de., *Les Grandes Épouses*, Paris, Librairie de Firmin-Didot, 1884, p. 376.

³⁴ Seguimos a GUILLOIS, *Le Salon*, pp. 18-20.

³⁵ DIDEROT, *Correspondance*, Paris, Roth et Varloot, 1955-1970, III. 105, lettre à Sophie Volland du 30 septembre de 1760.

palmente, ubicarla con una actitud intelectual propia y digna de mención, es su distanciamiento respecto a ciertas tesis de Helvétius. Con lo dicho hasta ahora, podríamos creer que su pensamiento es una mera copia del de su marido, que el filósofo es él y ella, solo una consorte a su servicio. Ahora bien, hay un tema en el que se observa en Madame Helvétius un posicionamiento personal, es en la cuestión en torno a la esclavitud. La esclavitud de los negros era uno de los temas más candentes desde mediados del siglo XVIII³⁶; pensadores como Rousseau y Condorcet se habían alineado claramente en contra y rechazaban las formas en las que los esclavos obtenían azúcar en las plantaciones americanas que, posteriormente, disfrutaban la burguesía y la aristocracia francesa. Dos autores que también trataron el tema fueron Voltaire y Helvétius³⁷, aunque con notables contradicciones en sus tesis. Voltaire también criticó que el azúcar tuvieran en su esencia la sangre de las manos de los esclavos; así, en *Cándido*³⁸, denuncia la esclavitud de los negros pero no se detiene a analizar sus causas y el uso perverso que los países hacen de ella. Esta línea argumentativa, que realiza una crítica tibia, se confirma en el siguiente fragmento de su *Ensayo sobre las costumbres*:

“Solo compramos esclavos domésticos en las zonas del África negra. Y nos reprochamos este comercio. Un pueblo que trafica con sus hijos es todavía más condenable que quien los compra. Este negocio demuestra nuestra superioridad: el que se da un dueño ha nacido para tenerlo.”³⁹

Helvétius, considerado habitualmente uno de los más firmes detractores de la esclavitud, se mueve, sin embargo, en una ambivalencia similar a la de Voltaire. En *Del espíritu*, define la esclavitud como un concepto político y no racial, ya que lo en-

36 Véase BLACKBURB, R., *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres, Verso, 1988.

37 McPhee, P., *La Revolución francesa, 1789-1799*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 39.

38 Véase VOLTAIRE, *Cándido y otros cuentos*, Madrid, Alianza, 1989, cap. 19., pp. 104-110.

39 VOLTAIRE, *Essay sur les mœurs, chapitre CXC VII*, en *Oeuvres complètes*, édition Moland, 1875, t. 13, p. 180. La traducción es nuestra.

tiende como la sumisión de un grupo de personas frente al poder despótico de otra, haciendo una crítica velada al absolutismo monárquico pero obviando el problema racial.⁴⁰ En otro texto es donde se encuentra con más claridad dicha ambivalencia y su postura no abolicionista; reflexionando sobre la producción de azúcar, podemos decir que Helvétius considera el sometimiento de los negros algo endémico que tiene difícil arreglo por lo que es mejor mirar para otro lado: “Apartemos nuestra vista de un espectáculo tan funesto que provoca tanta vergüenza y tanto horror a la humanidad.”⁴¹ Numerosos son los estudios que justifican esta posición tan fría de Voltaire y de Helvétius incidiendo en que ambos tenían inversiones en plantaciones de azúcar, pero hasta la fecha, no hay datos certeros que lo confirmen.

Con estos precedentes, Madame Helvétius bien podría haber dado por buenas las explicaciones de su marido o, simplemente, haberse mantenido al margen de una cuestión tan espinosa. Sabemos que fue uno de los temas que recurrentemente aparecían en el Salón de Auteuil y que, además, le interesaba especialmente por su especial sensibilidad hacia las personas más desfavorecidas. Estas inquietudes cristalizan el 19 de febrero de 1788 cuando Jacques-Pierre Brissot, amigo íntimo de Condorcet y contertulio ocasional en la casa de Madame Helvétius, funda la *Sociedad de amigos de los negros*⁴², que criticaba la situación de estos en las colonias francesas y defiende sin ambages la abolición de la esclavitud. Entre los primeros integrantes se encontraba Madame Helvétius quien, en esa época había trabado una gran amistad con el matrimonio Condorcet-de Grouchy así como con Mirabeau, todos ellos impulsores de la *Sociedad*.

En ese período de su vida, a saber, último lustro de la década de 1780 y comienzos de la década siguiente, Madame Helvétius empieza a asentar unos planteamientos políticos definidos. Paulatinamente, su Salón se llena de defensores del fin del absolutismo de diversa índole: monárquicos constitucionalistas como Mirabeau y Morellet, republicanos moderados como Con-

40 HELVÉTIUS, *De l'esprit*, III, 4, G.I. Flammarion, Paris, 2001, p. 278. La traducción es nuestra.

41 HELVÉTIUS, *Oeuvres complètes*, I, 3, édition de 1818, note 1, p. 24. La traducción es nuestra.

42 Véase CAHEN, L., “La Société des Amis des noirs et Condorcet”, *La Révolution française*, n°50, pp. 481-511.

dorcet y radicales como Cabanis. Junto a estos dos últimos, impulsa un movimiento centrado en reformar el sistema penal con vistas a eliminar la pena capital y la desproporción de ciertas leyes para con los débiles. Al mismo tiempo, en esta confluencia ideológica, “Nuestra Señora de Auteuil”, como solía llamarla Benjamin Franklin, se posiciona a favor de la Revolución francesa, tanto es así que, como vimos con anterioridad, participa económicamente y rompe su amistad con el padre Morellet cuando este empieza a denunciar los desmanes revolucionarios y los ataques al clero⁴³. Sabemos, en relación con este desencuentro, que Madame Helvétius no tenía especial afinidad con los detractores de la Revolución francesa, ni tampoco con los defensores del clero, como nos revelan sus críticas a Madame de Staël por su ferviente militancia cristiana y por sus acusaciones contra Condorcet⁴⁴. Para Madame Helvétius, de Staël es una mujer orgullosa que se mueve buscando únicamente su interés y con claras pretensiones nobiliarias⁴⁵. En 1789, con el comienzo del proceso revolucionario, Mme Helvétius reivindica la importancia de elaborar una Constitución justa e igual para toda la ciudadanía que acabase “con la nobleza y el clero, que no quieren que el tercer estado se levante contra la opresión”⁴⁶. Morellet reitera esta idea en diversas ocasiones: “Nunca Bruto y Casio estuvieron tan en contra de César como ella lo está contra la nobleza y el clero”⁴⁷. También, el encargado de asuntos oficiales del Vaticano, en una carta al cardenal de Zelada, sostiene lo siguiente:

“Ella se enorgullece de reunir en su casa a todos los verdugos de la monarquía; es en su pequeña casa de Auteuil, cerca de París, donde se engendran todas las mociones contra el trono y el altar. Tiene la

43 LA PRADE, G., *L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté*, Paris, Lanore et Sorlon, 1989, p. 130.

44 GUILLOIS, *Le Salon*, p. 123.

45 ROEDERER, *Oeuvres*, IV, V. 229, 1801, p. 151.

46 Lettre de l'abbé Morellet au marquis de Lansdowne du janvier 1789, lettre 301, p. 117, en DENEY, H., “Volney, Auteuil et la composition des Ruines”, en *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, Oxford, Voltaire Foundation, 1999, p. 121.

47 Ibidem.

tienda abierta a todos los agitadores. Es demagoga por locura después de haber sido aristócrata por vanidad.”⁴⁸

A partir de 1791, Madame Helvétius orienta su Salón hacia el bando de los girondinos, siendo frecuentado por Condorcet, Sophie de Grouchy o Volney entre otros, lo que demuestra sus afinidades políticas y su posición respecto al desarrollo del proceso revolucionario. En diciembre de 1792, desde que Robespierre decide retirar el busto de Helvétius de un templo erigido en Auteuil a los “Patriotas de la Revolución”, su exaltación patriótica se enfría y decide no salir mucho de su casa, solamente para ir a París a ver a su hija, Mme de Mun, gravemente enferma, o acompañada de aquellos amigos que sí gozaban del beneplácito de los jacobinos. Según Cabanis, en esos momentos, Mme Helvétius siente tristeza y también un enorme sentimiento de culpa por haber empujado a muchos de sus amigos y asistentes a su casa hacia la Revolución⁴⁹. Sin embargo, gracias a su carácter y sus amistades en todos los bandos, no sufrió ningún tipo de persecución o privación de sus propiedades durante el Terror. A diferencia de otros Salones, el de Auteuil siguió funcionando, aunque mucho más solitario ya que la mayoría de los contertulios fueron perseguidos, encarcelados e, incluso, asesinados. Tras la caída de Robespierre, el Salón retomó su actividad buscando una reconstrucción de la revolución en términos ilustrados: república, libertad, igualdad y fraternidad.

48 En *Correspondance générale d'Helvétius*, IV, p. XIV. La traducción es nuestra.

49 *Ibid.*, p. XVI.



El salón de Madame Helvétius y la Sociedad de Auteuil

Resulta llamativo que la figura de Madame Helvétius haya sido tan poco estudiada. Y este déficit no afecta solo a los países de habla hispana, también es extensible al mundo anglosajón y, curiosamente, al ámbito francófono. Este problema también aparece cuando buscamos bibliografía sobre su Salón, lo cual resulta incomprensible ya que fue una referencia intelectual durante treinta años así como uno de los centros de gestación más importantes del proceso que desembocó en la Revolución francesa. Evidentemente, en todos estos acontecimientos históricos, Madame Helvétius tuvo mucho que ver, tanto por su capacidad para aglutinar a las figuras más destacadas de su tiempo como para liderar los debates surgidos en su casa y dotarlos de plena actualidad. Su Salón siempre gozó de vigencia e intentó responder a los problemas que se fueron planteando a nivel social, cultural, filosófico y político; el Salón de Auteuil destacó por su transversalidad en todos los aspectos: contempló el auge y ocaso de los *philosophes*, colaboró en el fin del Antiguo régimen y la creación de la República francesa y, en su última etapa, recibió al influyente grupo de los Ideólogos y vio emerger a la salvífica figura de Napoleón Bonaparte. Además, de los numerosos salones que proliferaron durante la segunda mitad del siglo XVIII en Francia, el de Madame Helvétius fue el único que mantuvo su actividad ininterrumpidamente desde el Antiguo régimen hasta el fin del Terror jacobino⁵⁰. Recibió a los grandes impulsores de la Enciclopedia, Diderot, d'Alembert y d'Holbach e, incluso, se convirtió en el lugar de celebración de la logia masónica de los Nueve Hermanos, la más importante del país.⁵¹

Madame Helvétius compra la casa de Auteuil el 30 de abril de 1772 y, al poco tiempo, es un lugar frecuentado por políticos, filósofos, religiosos, escritores, músicos y médicos, que se

50 Véase MORAVIA, "La Société d'Auteuil et la Révolution", *Dix-huitième siècle*, vol. 6, nº1, 1974, p. 181-191.

51 En esta idea inciden tanto GUILLOIS en *Le Salon*, como DE LAGRAVE, J-P., en la presentación de la obra ya citada, *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, p. 2.

reunían todos los martes desde media tarde hasta altas horas de la madrugada. Varias eran las razones del éxito del Salón de Auteuil. En primer lugar, Madame Helvétius era conocida anteriormente por su carisma y porque ya lideraba los debates que se organizaban en la casa en la que vivía con su marido. En segundo lugar, Auteuil se encontraba alejado del centro de París y permitía a los contertulios (muchos de ellos vigilados por las autoridades) pasar desapercibidos y escapar del control policial. Asimismo, gozaba del respeto y la amistad de personas variopintas y con inclinaciones ideológicas diferentes, lo cual enriquecía su Salón y facilitaba el debate entre posiciones enfrentadas. Finalmente, mientras que en otros salones la religión era un asunto tabú⁵², en casa de Madame Helvétius se trataban todas las inquietudes y temas, sin prejuicios ni límites. Esta pluralidad de cuestiones y de puntos de vista al respecto tenían un nexo: “Nuestros sentimientos comunes eran la libertad, la tolerancia, el horror ante el despotismo y la superstición y el deseo de ver reformados los abusos.”⁵³

Durante los casi treinta años de actividad que tiene el Salón de Auteuil, pasan por la tertulia de los martes más de cien personas, algunos son habituales y otros son invitados esporádicos. Estas tres décadas pueden ser divididas, *grosso modo*, en tres grandes etapas. En una primera etapa, que abarcaría desde su apertura en 1772 hasta 1780, eran habituales los enciclopedistas d’Alembert, Diderot y d’Holbach; posteriormente hasta 1792, eran frecuentes las visitas de Condillac, Turgor, Franklin, Condorcet, Roucher, Chamfort, el físico Jean-Baptiste Le Roy, el explorador Bougainville, el abogado general del parlamento de Burdeos, Lord Shelburne, Dupaty o la traductora de las obras de Hume al francés, Mme de Meinières, quienes ya sea por muerte natural, por el Terror o por abandonar París, fueron dejando sitio a una tercera etapa compuesta por intelectuales más jóvenes como Sophie de Grouchy, Cabanis, Destutt de Tracy, Volney, Daunou o Ginguené con un elemento en común: sobrevivieron

52 Por ejemplo, esto sucedía en dos de los salones más famosos, el de Madame Necker y el de su hija, Madame de Staël.

53 Morellet, p. 381.

a la persecución liderada por Robespierre. Este hecho es especialmente relevante para destacar el agitado momento histórico en el que el Salón de Madame Helvétius desarrolla su actividad y valorar la capacidad de supervivencia de su *alma mater*. Habituales y huéspedes como Daunou, de Tracy, Ginguéné, La Roche y Volney fueron encarcelados; Chénier y Roucher fallecieron en la guillotina; Condorcet y Chamfort se suicidaron; por no hacer referencia a las numerosas expropiaciones de bienes que sufrieron otros tantos. Sin embargo, nuestra protagonista tuvo la astucia necesaria para no verse amenazada en ningún momento y seguir gozando del favor del poder político, incluso de los diputados jacobinos. Así, a mediados de 1793, la casa de Auteuil únicamente tenía dos vecinos, la propietaria y Cabanis que, afortunadamente, esquivaron la persecución paranoica de Robespierre. Tras la muerte del Incorruptible, a lo largo del mes de agosto de 1794 y hasta comienzos del año siguiente, los presos políticos que no fallecieron en la guillotina o en las celdas fueron liberados, propiciando el renacer del Salón de Mme Helvétius; muy pronto volvieron los mencionados Ginguéné, Volney, Daunou y De Tracy a citarse todos los martes para hablar de política, primero de la degeneración revolucionaria y, al poco tiempo, de la regeneración de la República francesa. En estos debates tomó forma política una corriente filosófica que ya se fue definiendo con anterioridad en las tertulias de Auteuil y conocida como la Ideología o los Ideólogos⁵⁴. Esta doctrina consistía en la aplicación de términos filosóficos como “reflexión” y “análisis” a todos los ámbitos de la realidad, rechazando “ir más allá de las ideas” y, con ello, cualquier apelación a fundamentos metafísicos o trascendentales que superen el mundo empírico aunque, paradójicamente, condujo a un exceso de abstracción y teoría. Además, defendían que las élites intelectuales y mejor formadas deben gobernar el país. Como consecuencia, poco a poco, la Ideología se orientó al terreno político⁵⁵, de tal manera que sus principa-

54 Véase GUSDORF, G., *La conscience révolutionnaire: les idéologues*, Paris, Éditions Payot, 1978.

55 Se puede la influencia de los Ideólogos incluso en la teoría del derecho española del siglo XIX a partir de la década de 1820. Para profundizar en el tema véase, CEPEDDELLO REBOLLO, J., “La influencia de Condillac y los ideólogos en la teoría del derecho español decimonónico” en *La cultura del otro: español en Francia, francés en España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006, pp. 148-156.

les integrantes, Daunou, Garat, Guinguené, Cabanis y De Tracy pretendían una vuelta a los pilares ilustrados de la Revolución francesa: la primacía de la razón sobre la fuerza, el rechazo del egoísmo y una visión individualista y liberal del sujeto que conllevaba una concepción minimalista del Estado; su defensa de la libertad repudiaba el control totalitario ejercido tanto por el Antiguo régimen como por los jacobinos. Sus máximos exponentes, al participar en la caída de Luis XVI y defender la República frente a Robespierre, gozaban de gran reconocimiento cuando salieron de prisión y, así, súbitamente, sus pretensiones políticas se vieron satisfechas: la Constitución del año III (1795) fue debatida en el Salón de Mme Helvétius por los Ideólogos y aprobada poco más tarde; asimismo, bajo la supervisión y la influencia de aquella, la Convención nacional decide rehabilitar el nombre de Condorcet, reeditando 3000 ejemplares de su obra más célebre *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* para repartirlo por las bibliotecas y archivos de Francia.⁵⁶

En poco tiempo, los Ideólogos fundan la *Sociedad de los observadores del hombre*, la *Sociedad filotécnica*, la *Sociedad filomática* y la *Sociedad para los saberes y los hombres de letras*, proyectos todos destinados a promover su forma de entender el conocimiento y la investigación científica y esbozados a partir de las tertulias en el Salón de Auteuil. Pero, pese a estos esfuerzos, la situación de Francia sigue siendo convulsa debido al resurgir del movimiento jacobino, los realistas y las amenazas de monarquías extranjeras. Paralelamente, en esa época, una de las personas más destacadas de la Revolución francesa, Emmanuel Sièyes empezó a asistir con cierta frecuencia a la casa de Mme Helvétius, haciendo referencia a Napoleón Bonaparte como el único capaz de dar estabilidad a la República. Con ese propósito, a finales de 1797, Napoleón se presentó en el Salón, sabedor de la influencia que tenían los Ideólogos, y les convenció, así como a Madame Helvétius. Tras su exposición, conoció las dependencias de la casa y, en el jardín, la propietaria concluyó: "No sabe usted, General, toda la felicidad que encontramos en tres arpendes de tierra."⁵⁷ Por

⁵⁶ Guillouis, *Le Salon*, pp. 105-106.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 126.

suerte para nuestra protagonista, falleció antes de ver el distanciamiento entre Napoleón y los Ideólogos, así como su posterior enfrentamiento; Volney, De Tracy y otros integrantes criticaron las pretensiones imperialistas y absolutistas napoleónicas y, como respuesta, recibieron el descrédito social (Napoleón les llamaba “los malhumorados de Auteuil”), la pérdida de influencia y la promoción de una filosofía más espiritualista y metafísica desde el Estado.⁵⁸ El General les acusa, entre otras razones, de fortalecer a los monárquicos y de desconocer el funcionamiento del Estado; su discurso del 21 de diciembre de 1812 es toda una declaración de intenciones:

“Es a la Ideología, a esa tenebrosa metafísica que, buscando con sutileza las causas primeras, quiere fundar sobre esas bases la legislación de los pueblos en vez de adaptar las leyes al conocimiento del corazón humano y a las lecciones de la historia, que hay que atribuir todos los males que ha experimentado nuestra bella Francia. Esos errores debían, y así ha sido efectivamente, traer el régimen de los hombres de sangre. En efecto, ¿quién ha proclamado el principio de insurrección como un deber? ¿quién ha adulado al pueblo llamándolo a una soberanía que era incapaz de ejercer? ¿quién ha destruido la santidad y el respeto a las leyes haciéndolas depender no de los principios sagrados de la justicia y de la naturaleza de las cosas y de la justicia civil sino solamente de la voluntad de una asamblea compuesta por hombres ajenos al conocimiento de las leyes civiles, criminales, administrativas, políticas y militares? Cuando se llama a regenerar un Estado, esos son los principios contrarios a seguir. La historia pinta el corazón humano; es en la historia donde hay que buscar las ventajas e inconvenientes de las diferentes legislaciones. He aquí los principios que

⁵⁸ *Ibid.*, p. 246.

el Consejo de un Estado de un gran imperio no debe nunca perder de vista; y hay que añadirle un coraje frente a toda prueba y, con el ejemplo de los presidentes Harlay y Molé, estar preparado para fallecer defendiendo la soberanía, el trono y las leyes."⁵⁹

En una Francia polarizada, el rechazo de los Ideólogos tanto hacia Napoleón como hacia los monárquicos hizo que su influencia fuera irrelevante y despreciados en ambos bandos. Su defensa de los ideales ilustrados y de los primeros años de la Revolución francesa ya no tenían cabida.

En lo concerniente al Salón de Mme Helvétius, con su muerte languideció con prontitud. Las tertulias se trasladaron a casas de otros amigos en común y, a lo que su propiedad se refiere, era habitada durante unos meses del año por Cabanis, su esposa y sus dos hijas. Tras la muerte de Cabanis en 1808, una parte de la casa fue alquilada por el conde de Rumford. Finalmente, en 1809 la viuda de Cabanis abandona definitivamente la casa. De Tracy y el resto de supervivientes como Daunou y Ginguéné siguieron reuniéndose todos los martes hasta que, poco a poco, los miembros de la Sociedad de Auteuil fueron falleciendo. Con la Restauración borbónica de 1814, el Salón de Auteuil, Madame Helvétius y sus contertulios fueron denostados y arrasados por la reacción conservadora liderada por los Borbones y por la Iglesia católica. Todo lo relacionado con la Ilustración y la Revolución francesa y la Ilustración debía ser borrado e, inevitablemente, la figura de Mademe Helvétius cayó en el ostracismo más absoluto.

59 NAPOLÉON I, *Correspondance de Napoléon*, XXIV, Paris, 1858, pp. 398-399. La traducción es nuestra.

Principales integrantes del salón

-Un viejo amigo: Turgot

Uno de los primeros integrantes del Salón de Auteuil fue Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781). En sentido preciso, hay que decir que Turgot, antes de participar en las tertulias en casa de Madame Helvétius, ya era amigo de la familia pues él y Helvétius se trataban desde finales de la década de 1740, y a comienzos de la década siguiente conoció a la que sería Madame Helvétius, al ir con frecuencia a casa de su tía, Mme de Graffigny. Para nuestra protagonista, Turgot representaba el vínculo con el pasado o, en concreto, el vínculo con su marido, pues tras su repentina muerte en 1771, Turgot siempre permaneció atento a su viuda y participó activamente en sus reuniones en Auteuil. Los especialistas sitúan a Turgot dentro de lo que llamaríamos la primera generación del Salón⁶⁰, pues lo podemos ubicar dentro de sus primeros diez años de vida, desde 1772 hasta el fallecimiento de Turgot nueve años más tarde. Ahora bien, se da el hecho curioso de que, pese a ser uno de los mejores amigos de Mme Helvétius y de sus más allegados, no tenemos muchos datos que documenten dicha relación; no se conoce una correspondencia entre ambos ni tampoco las memorias y biografías de personas que frecuentaban el Salón lo mencionan apenas. El motivo de este “vacío” se debe principalmente a que Turgot, en el periodo en el que Mme Helvétius abrió su Salón, era una persona de gran actividad intelectual y política, tanto es así que en 1774 es nombrado Ministro de la Marina y, poco tiempo más tarde, Inspector General de Finanzas. Por consiguiente, la presencia de Turgot en Auteuil era frecuente pero breve y esporádica al mismo tiempo, en el sentido de que mantenía visitas regulares a Mme Helvétius, pero rara vez acudía a las tertulias de los martes, a no ser que su agenda se lo permitiese. Independientemente de estos factores, es indudable su huella en Auteuil,

60 GUILLOIS, *Le salon*, p. 34.

debido fundamentalmente a que era el más célebre de los amigos de la viuda de Helvétius, gozaba de una enorme popularidad y, pese a trabajar al servicio de la Monarquía, tenía el beneplácito de *philosophes* como Voltaire, Diderot, Condillac o Condorcet. Este hecho, su fama y reconocimiento públicos, convirtieron a Turgot en el nexo entre el Salón y la élite francesa y extranjera; los intelectuales que llegaban a París buscaban siempre un encuentro con él, por el cargo que ostentaba y por la admiración que le profesaban. De la mano de Turgot, llegaron a la Sociedad de Auteuil, Benjamin Franklin, Cabanis, Roucher o Condorcet; a todos ellos les recomendaba asistir a los debates de los martes, no solo por su amistado con Mme Helvétius, también porque era sabedor de que la asistencia allí era sinónimo de estar al corriente de la actualidad política, social y cultural del momento. Y cuando él hacía acto de presencia, solían tratarse discusiones políticas y religiosas que acababan en encendidos debates debido a que sus posiciones eran más moderadas que las de la mayoría de contertulios:

“Condorcet y Turgot no se alejarían [de Mme Helvétius] y, así, los dos acudían a Auteuil. [...] Con Condorcet, todas las polémicas giraban en torno a temas políticos y religiosos, ya fuera atacando escépticamente el deísmo o la religiosidad de Turgot, o diciendo sin reticencias todo lo que pensaba de las ideas de Necker, que no las comprendía.”⁶¹

Turgot fue quien enviaría al joven Cabanis a la mansión de Auteuil; era amigo de su padre y, al tener noticia de su talento y sus prometedoras facultades, decidió que no había mejor lugar para que floreciesen que junto a Madame Helvétius. También, en estrecha colaboración con ella, empleó sus influencias para dar popularidad al poeta Roucher, asistente habitual en los debates y, de su mano, asistió Benjamin Franklin por primera vez al Salón de Auteuil. Al respecto, debemos descartar la idea presente

⁶¹ *Ibid.*, p. 41. La traducción es nuestra.

en algunos trabajos sobre Mme Helvétius que sugiere que Turgot le pidió la mano y, tras la negativa y la íntima amistad que existía entre aquella y Franklin, decidió perder todo contacto con Madame Helvétius y con el Salón, como señalan Allan y Smith en su artículo “El verdadero rostro de Madame Helvétius”⁶² y, esencialmente, como muestra la correspondencia de los amigos de “Notre Dame de Auteuil”, en concreto la carta de Franklin a de La Roche del 29 de marzo de 1781:

“ [...] es una reflexión muy halagadora para mí que ambos hemos amado los mismos estudios, los mismos amigos (Voltaire, Hume, Turgot, Marmontel, les abbés Morellet, La Roche, etc.), y la misma mujer.”⁶³

Así como la carta de Cabanis al poeta Roucher a propósito de la muerte de Turgot: “Madame Helvétius ha estado sorprendida y afligida porque no le ha escrito ni una palabra acerca de este funesto acontecimiento.”⁶⁴ Todos estos documentos nos sirven para rechazar tal idea y concluir que la amistad entre ambos fue duradera y prevaleció hasta el final de los días de Turgot. A él, Mme Helvétius le debía mucho: no solo haberle presentado al que fue su marido; principalmente, ser el vínculo imprescindible que hizo posible que por el Salón fueran pasando varias generaciones de personas, todas ellas con diversos intereses e inquietudes pero con un elemento en común, gente destacada e influyente. En gran medida gracias a Turgot, el Salón de Auteuil mantuvo su popularidad durante casi treinta años.

62 ALLAN et SMITH, “Le vrai visage de Madame Helvétius”, *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, p. 17.

63 Manuscrito conservado en la Universidad de Yale, en LOPEZ, C.-A., “Le cher ami: Benjamin Franklin”, *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, p. 82. La traducción es nuestra.

64 GUILLOIS, *Pendant la Terreur. Le poète Roucher (1745-1794)*, Paris, 1890, p. 91. La traducción es nuestra

- Un poeta en Auteuil: Roucher

Una de las personas más queridas y valoradas en el Salón de Auteuil y, especialmente por Madame Helvétius, fue Jean-Antoine Roucher (1745-1794). Nacido en 1745 en Montpellier, finalizó los estudios de Teología en 1765, aunque abandonó la carrera eclesiástica para dedicarse a la literatura y la poesía. En 1770 conoce a Turgot a través de la publicación de su poema dedicado al matrimonio del futuro rey Luis XVI. Es en ese momento cuando, a través de aquel, entra en contacto con Madame Helvétius, instalándose en su casa en noviembre de 1775. En poco tiempo, Roucher se convierte en un asistente habitual a las tertulias de los martes, ganándose la amistad de nuestra protagonista, quien le encarga la tutela del joven Cabanis, recién llegado a París. Roucher solía asistir a Auteuil acompañado de su esposa y su hija Eulalia, quienes pasaban temporadas acompañando a Madame Helvétius. Fruto de su presencia continuada en el Salón, y de su trato con escritores consagrados, Roucher decide centrarse en la poesía y, en 1779, publica *Los Meses, poema en doce cantos*, así como una traducción de *La Ilíada* en verso. Este texto gozó de una enorme publicidad ya que 319 personalidades destacadas del mundo de la cultura y las letras apoyaron públicamente la obra, entre ellas Madame Helvétius, sus hijas y el abad de La Roche. Desafortunadamente, los esfuerzos por dar notoriedad a Roucher naufragaron y su poema resulta ser un fracaso de ventas y, sobre todo, de críticas, lideradas por el influyente escritor La Harpe. Este inesperado desenlace provoca en Roucher una fuerte depresión que hace que se aleje de todos sus amigos, incluyendo a Mme Helvétius. Por este motivo, es Cabanis quien le escribe el 2 de abril de 1781 para pedirle que regrese a París y a Auteuil:

“Si usted viene a París, espero convencerle y que vaya a ver a Madame Helvétius y al abad de La Roche. [...] Hablemos de la pérdida que ambos acabamos de sufrir: seguramente usted ha llorado por el señor Turgot; era vuestro benefactor, era vuestro

amigo; era uno de los hombres más distinguidos de nuestro siglo, uno de los hombres más virtuosos. Madame Helvétius ha estado sorprendida y afligida porque no le ha escrito ni una palabra acerca de este funesto acontecimiento. Ha sido motivo para hablar de usted, algo que hacemos a menudo. Ocho meses después de que nos abandonara el abad Condillac, [nos abandona ahora Turgot]; hombres así no se pueden reemplazar.”⁶⁵

Seis días más tarde, Roucher le responde:

“Sí, mi querido amigo, he llorado la muerte del señor Turgot, y la lloraré durante mucho tiempo todavía. Debo a ese hombre la suerte de la que disfruto. Siento el honor de decirlo y tengo el deber de repetir a mis hijos que, durante toda su vida, bendigan su memoria. Madame Helvétius tiene razón al llorar mi silencio; nada puede excusar el olvido y la indiferencia por mi parte; pero juzgadme: mi actividad ha terminado.”⁶⁶

Un año más tarde, el 13 de junio de 1782, Roucher escribe a un amigo de Mme Helvétius lo siguiente:

“Estoy seguro de las bondades de Madame Helvétius. Esperaba todo aquello que me ha dicho de su parte. Le pido que le hable de mi tierno y respetuoso afecto hacia ella. Pienso a menudo en la excelencia de su bella alma, y mi mujer, mi hermano y yo, hablamos de ella todos los días.”⁶⁷

65 GUILLOIS, *Pendant la Terreur. Le poète Roucher (1745-1794)*, Paris, 1890, p. 91. La traducción es nuestra
66 *Ibid.*, p. 92.

67 Bibliothèque nationale française, mn, fr. 12765, pp. 136-137. La traducción es nuestra.

No sería hasta 1784 cuando Roucher reaparecerá, en este caso con una defensa del despotismo ilustrado: *Oda a Gustavo III*, publicada en el *Journal de Paris*. Al año siguiente, se presenta al concurso ofrecido por la Academia Francesa sobre la dedicación heroica del príncipe Maximilien-Jules-Léopold de Brunswick, con un poema un tanto irrespetuoso. No gana el premio pero sus antiguos amigos relanzan de nuevo su carrera. Incluso, Madame Helvétius organiza la lectura pública del mismo en su Salón.⁶⁸

Poco a poco, Roucher recupera su prestigio y empieza a ganar el favor de la crítica a la vez que realiza una nueva traducción de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, y publica nuevos poemas en los que se observa un claro giro ideológico desde tesis conservadoras hacia posiciones reformistas. En su poema *Los Jardines*, llama a realizar una renovación social según los principios de igualdad y solidaridad, lo que muestran la influencia de Mme Helvétius y de su Salón.⁶⁹ Al inicio de la Revolución francesa, Roucher se posiciona a favor de la misma pero dentro de una actitud moderada, defendiendo las ideas liberales de Smith. Apoya firmemente la Constitución de 1791, pero pronto se distancia de los disturbios y la violencia que se extienden por toda Francia. Paulatinamente, se fue alejando de las tesis que primaban en el Salón de Auteuil y rompió definitivamente su amistad con Mme Helvétius, al rechazar la candidatura de Nicolás de Condorcet a la Asamblea. A partir de 1792, escribe panfletos contrarrevolucionarios y dirige sus ataques a la emergente figura de Robespierre, popularizando la frase: "Robespierre, llamado el Incorruptible, por personas que no lo son".⁷⁰ Con el ascenso jacobino, Roucher se convirtió en enemigo público de las autoridades, fue arrestado el 10 de octubre de 1793 y enviado a las prisiones de Saint-Pélagie y, posteriormente, a Saint-Lazare. Acusado de conspirar contra la Revolución, falleció guillotinado el 25 de julio de 1794 junto con otras 39 personas. Ya sea por miedo a las represalias o por sus posiciones contrarrevolucionarias.

68 Seguimos a BREGUET, "Un météore éclairant: le poète Roucher", *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, pp. 87-101.

69 Es la tesis de BREGUET, p. 97.

70 GUILLOIS, *Pendant le Terreur*, p. 121.

rias, ni Madame Helvétius ni ninguno de sus antiguos amigos hizo nada por remediar su trágico final ni por mantener viva su figura.

- De amigo a enemigo: el abad Morellet

Uno de los primeros invitados habituales en la casa de Auteuil fue el abad Morellet (1727-1819). A partir de 1760 empezó a frecuentar las casas del barón d'Holbach y de Mme Geoffrin, donde conoció al matrimonio Helvétius. Colaborador en la redacción de la Enciclopedia, Morellet contactó muy pronto con Mme Helvétius ya que a ambos les unía su preocupación por los más necesitados. En concreto, empezó a hospedarse en Auteuil en la primavera de 1784, en una habitación con vistas a las colinas de Meudon.

André Morellet⁷¹ ingresó en 1741 en el seminario parisino de los Treinta y tres. Diez años más tarde terminó sus estudios de Teología y empezó a relacionarse con Turgot, Diderot y d'Alembert. Pronto encuentra un trabajo como tutor del hijo menor del duque de Lorena y rey de Polonia. En ese tiempo empieza a escribir y publica en 1756 una obra satírica titulada *Pequeño escrito sobre una materia interesante*, donde critica la diversidad de confesiones existentes en América. Al mismo tiempo, Diderot le pide que escriba algunos artículos para los volúmenes VI y VII de la Enciclopedia. En 1759, tras volver de un viaje a Italia, empieza a frecuentar el Salón de Mme Geoffrin, entrando en contacto con la mayoría de *philosophes*. Por la publicación de un panfleto en defensa de Voltaire pasa dos meses en la Bastilla, lo que le permite gozar de gran popularidad en los círculos críticos con el Antiguo régimen y de un aumento de sus ganancias. Amigo íntimo del matrimonio Helvétius, pasaba largos periodos de tiempo con ellos en su casa de Voré y el resto del tiempo se escribían cartas con regularidad. En 1771, tras la muerte de Helvétius, al comprar su esposa la casa de Auteuil, Morellet se

71 Seguimos el artículo de VAHLKAMP, Ch., "Un attachement qui méritait une autre récompense: l'abbé Morellet et Madame Helvétius", en *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, op. cit., pp. 19-28.

instala allí de forma permanente. Su amistad estaba consolidada desde varios años atrás:

“Raro era el día en que no la veía; todas mis tarde estaban consagradas a ella, y a menudo salíamos a pasear a caballo por los bosques de Boulogne durante la mañana. Cuando ella estaba en sus tierras sin mí, o yo dejaba París para hacer algún viaje, manteníamos una correspondencia muy activa y regular”⁷².

Junto a Mme Helvétius, Morellet convive también con el abad de La Roche y, posteriormente, con Cabanis. A partir de 1776, goza de estabilidad económica gracias a un trabajo en les Domaines y a la ayuda que Madame Helvétius le proporcionaba esporádicamente. Su fama y su solvencia económica le permiten abrir su propio salón, en la calle Saint-Honoré de París, donde recibía a políticos, filósofos y artistas los domingos al mediodía. A diferencia del Salón de Auteuil, Morellet enfocó las reuniones hacia la música, dejando cuestiones políticas, literarias y filosóficas en un segundo plano. En 1788, gracias a la ayuda de Turgot, toma posesión del priorato de Thimert, cerca de la ciudad de Chartres, lo que le aporta una importante suma de dinero anual. Su vida era tranquila y acomodada. El mes de febrero de 1786 escribe a Benjamin Franklin lo siguiente:

“Nuestra Señora de Auteuil se porta muy bien, aunque bebe con demasiada frecuencia café, contra las recomendaciones del doctor Cabanis, y me quita siempre mi porción de nata injustamente. El bulldog que su nieto nos ha traído de Inglaterra se ha convertido en insoportable y malvado. Ya ha mordido al abad de La Roche y muestra una ferocidad inquietante. Todavía no hemos decidido si decirle

72 MORELLET, *Mémoires sur le dix-huitième siècle et sur la révolution*, I, Paris, 1821, p. 140. La traducción es nuestra.

a su dueña que lo envíe a los combates de toros o ahogarlo. Pero seguimos en la tarea. También tenemos otros enemigos menos feroces pero muy nocivos. Una multitud de gatos se han multiplicado en el corral porque “la señora” les cuida sobradamente. Ahora son dieciocho pero pronto serán treinta. Le propusimos que se deshiciera de ellos tirándolos al río o poniendo trampas, pero un sofista ha compuesto para ellos una petición que pueda servir como agradecimiento, como usted ha hecho con las moscas de su apartamento, después de la destrucción de arañas ordenada por Nuestra Señora.”⁷³

A comienzos de 1789, Morellet se ha convertido en una persona rica y afamada. Ha encontrado una familia en Auteuil y gracias a sus contactos tiene facilidad para publicar sus trabajos así como capacidad para reunirse con las personas más influyentes de su tiempo. Pero esta coyuntura tan favorable pronto daría un giro de 180° cuando se extienden los primeros levantamientos revolucionarios y la violencia llega a París. En ese momento, Morellet teme perder en poco tiempo todo lo que ha ganado. Rápidamente se posiciona en contra de la Revolución y se distancia de sus amigos y compañeros en la casa de Mme Helvétius, Cabanis y de La Roche. El 12 de julio de 1789, los tres inquilinos tienen una fuerte discusión en la que Mme Helvétius se mantiene al margen⁷⁴. La situación se tensa aún más cuando en 1790, Morellet publica *Memoria de los diputados de la villa de Tulle relativa a los incidentes de Bas-Limousin*, donde toma partido por los propietarios y la Iglesia contra los radicales. Desde ese momento, incluso Mme Helvétius se distancia⁷⁵, y se ve obligado a abandonar Auteuil. Desde entonces, tiene numerosos problemas con las autoridades revolucionarias, pierde gran parte de su fortuna y sobrevive publicando traducciones al francés de novelas inglesas de Ann Radcliffe y Regina Maria Roche.

73 *Ibid.*, en GUILLOIS, *Le Salon*, p. 62. La traducción es nuestra.

74 *Ibid.*, p. 71. y MORELLET, *Lettres*, Oxford, David and Leclerc, lettre 301, II, p. 304.

75 MORELLET, *Lettres*, lettre a Shelburne du 3 janvier 1789, II, p. 34.

La última referencia de Morellet a Madame Helvétius se encuentra en sus *Memorias*, recordándola al tener noticias de su fallecimiento:

“Me resulta doloroso pensar que no la he podido ver en sus últimos momentos, que no la he podido cerrar los ojos, y que no he podido tener de ella ningún recuerdo de esos últimos momentos, aunque repetía sin cesar que siempre me querría.”⁷⁶

- El editor de las obras de Helvétius: Lefebvre de La Roche

Junto con Turgot, otro gran amigo que tuvo Mme Helvétius antes incluso de comprar su mansión de Auteuil fue Martin Lefebvre de La Roche (1738-1806). Con Morellet y Cabanis era uno de los huéspedes habituales del Salón, hasta el punto de que se convirtió en inquilino permanente. Sin embargo, se da una diferencia notable entre los dos primeros y Lefebvre: tanto de Morellet como de Cabanis existen varios estudios, sin embargo, de La Roche solamente conocemos un breve artículo titulado *Un discípulo de Helvétius: Martin Lefebvre de La Roche*⁷⁷, texto que será nuestra referencia en este apartado. En la monografía de Guillois sobre Madame Helvétius y su Salón, La Roche aparece como amigo de la propietaria y asistente habitual a las reuniones, pero no traza un perfil vital e intelectual. Lo mismo sucede en *L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté*, de Guy de La Prade⁷⁸, donde es nombrado varias veces pero como mero añadido. El motivo de esta ausencia de datos se debe a que La Roche, dentro del elenco de personajes ilustres que frecuentaban Auteuil, mantuvo siempre un perfil bajo y sus obras

76 MORELLET, *Mémoires*, I, p. 440. La traducción es nuestra.

77 INGUENAUD M-T., ET SMITH D., “Un disciple d’Helvétius: Martin Lefebvre de La Roche”, *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, pp. 29-53.

78 DE LA PRADE, G., *L’illustre Société d’Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté*, Paris, Sorlot Lanore, 1989.

fueron publicadas sin pena ni gloria. Lefebvre de La Roche sí es conocido por ser el heredero de diversas obras de Helvétius y el editor de algunas de sus obras póstumas y de la edición de las obras completas de 1795.

Lefebvre nace el 10 de diciembre de 1738 en el seno de una familia humilde, siendo el mayor de tres hermanos.⁷⁹ En 1756 hace su profesión de benedictino en el monasterio de Saint-Médard de Soissons, ordenándose como sacerdote en 1764. En los años consecutivos tiene las funciones de celador de los novicios y, posteriormente, maestro de retórica y filosofía. Finalmente, se seculariza en 1769. Amante de la literatura, la poesía y las letras, publica *Oda sobre la historia natural de Auvergne*, que aparece en 1765 en el *Journal de Verdun*, donde manifiesta interés por las ciencias naturales y por las propiedades medicinales de las plantas. Años antes viaja a París donde conoce a Mme d'Épinay, quien le pone en contacto con los intelectuales más destacados. Así conoce a Helvétius y, desde 1769, se convierte en su huésped en su mansión de Voré y su secretario y asistente personal. Desde 1770 añade "La Roche" a su apellido.

A comienzos de 1769, de La Roche inicia los trámites de su secularización, con el apoyo de Helvétius y d'Holbach, que interceden por él ante las autoridades religiosas. Tras la muerte de Helvétius en 1771, qué fue de de La Roche se desconoce, hasta que a finales de 1775 se instala de forma definitiva en la casa que Mme Helvétius compra en Auteuil. Allí, vive de su salario como capellán del castillo del conde de Artois y pronto, por encargo de "Nuestra Señora de Auteuil", inicia la edición póstuma de las obras de Helvétius, *La felicidad* y *Del hombre*, dedicada a Caterina II de Rusia. A partir de 1789, de La Roche acrecienta su poder sobre los textos de Helvétius hasta el punto de que ese mismo año publica cartas supuestamente escritas por Helvétius a Montesquieu donde critica la división de poderes y la Constitución británica. Posteriormente, en 1795, publica las *Obras Completas* de Helvétius en 14 volúmenes suprimiendo todas aquellas afirmaciones que, a su juicio, no eran compatibles con la Revolución

79 Seguimos a INGUENAUD M-T., ET SMITH D., pp. 29-52.

francesa: de La Roche aprovechaba los textos del filósofo materialista para exponer sus propias ideas.⁸⁰ También, publica una traducción de *El arte poético* de Horacio dedicado al general Bonaparte.

Durante la Revolución, de La Roche se convierte en Presidente del comité militar de Auteuil en 1790 y el año siguiente, alcalde de la villa, con el apoyo y la influencia de Mme Helvétius, siendo reelegido en 1793. Junto con Cabanis, se convierte en jurado de un tribunal revolucionario; en 1792 inaugura en Auteuil una casa comunal a modo de templo griego, con bustos de Franklin, Helvétius, Mirabeau, Rousseau y Voltaire. Paralelamente a esta intensa actividad política, seguía viviendo en la casa de Mme Helvétius y participaba en los debates de los martes. El Salón se fue orientando poco a poco hacia la vertiente ideológica de los girondinos y de La Roche tenía especial afinidad con Condorcet⁸¹, siendo ambos integrantes de ese bando. Esta orientación política y su amistad con Condorcet fue, sin duda alguna, la causa por la que fue arrestado durante el Terror y encarcelado nueve meses, pasando por varias prisiones incluida Saint-Lazare. De La Roche fue acusado de los siguientes cargos: "(...) haber facilitado la huida de Condorcet y no haber retirado el busto de Mirabeau de la casa comunal de Auteuil."⁸² El 10 de agosto de 1794 es liberado tras la caída de Robespierre y vuelve a la casa de Auteuil.

Centrándonos ahora en la relación existente entre Lefebvre de La Roche y Mme Helvétius, sabemos que su amistad se remonta a 1769, cuando de La Roche se instala en la casa que el matrimonio tiene en Voré, y que se mantiene cuando se traslada a Auteuil. Allí, de La Roche se encarga de la correspondencia de Mme Helvétius y de organizar las reuniones y visitas, tarea similar a la que hacía con Helvétius. Además, cuida a Mme Helvétius durante su grave enfermedad de 1785 y mantiene a Benjamin Franklin al tanto de los progresos de su salud. Además, su amistad con Mme Helvétius se consolida por sus afinidades

⁸⁰ *Ibid.*, p. 44.

⁸¹ *Ibid.*, p. 46.

⁸² Copie du procès-verbal d'arrestation de La Roche, Assemblée Nationale, F. 4766.

ideológicas durante la Revolución francesa, produciéndose el ya citado desencuentro con el abad Morellet, en el que de La Roche y Mme Helvétius, están en el mismo bando favorable de la sublevación contra la nobleza y el clero. Conjuntamente, Madame Helvétius y de La Roche realizan una “contribución patriótica revolucionaria” el 25 de abril de 1790, ella de 4500 libras y él, de 900 libras.⁸³ Otro dato esclarecedor es que, viendo próxima su muerte, Mme Helvétius lega el disfrute de su casa a Lefebvre de La Roche y a Cabanis.

-Un hijo adoptivo: Cabanis

De todos los amigos, tertulianos y huéspedes de la casa de Auteuil, uno destaca por encima del resto en el corazón de Madame Helvétius, Pierre Jean Georges Cabanis. Sus vidas se unieron, sin matices ni dobleces, hasta el fallecimiento de Mme Helvétius e, incluso, como veremos, más allá.

Cabanis (1757-1808) nació en el pequeño municipio de Cosnac, a 100 kilómetros de Limoge. Llega a Auteuil en la primavera de 1778, a la edad de veintiún años. Previamente había estado formándose en París, entre 1771 y 1773, principalmente en literatura y filosofía. A continuación, estuvo en Alemania, Lituania y Varsovia, entre 1773 y 1777, gracias a su amistad con el Príncipe y obispo católico Ignacy Jacub Massalski, quien estaba llevando a cabo allí el desarrollo del sistema educativo y quiso contar con personas cultas e ilustradas de Francia y Alemania, principalmente. Massalski consiguió poner en marcha más de 300 pequeñas escuelas católicas y quiso contar con Cabanis para que impartiera francés en Vilna (Lituania) aunque, sin embargo, declinó su oferta para iniciar sus estudios de Medicina. En el invierno de 1777 sufre una grave neumonía que le hace volver a París y, ese mismo año, empieza la carrera de Medicina, que acabará en 1783⁸⁴.

Merced a su amistad con Turgot y Roucher, Cabanis entra en contacto con Madame Helvétius quien, en poco tiempo, siente

⁸³ GUILLOIS, *Le salon*, p. 75.

⁸⁴ GUILLOIS, *Le salon*, p. 53.

un gran afecto por aquel y lo acoge en su casa. Al respecto, hay que tener en cuenta que Cabanis era huerfano de madre desde la infancia y que tenía la misma edad que debería tener el hijo fallecido de nuestra protagonista. Así, pese a que Cabanis era una persona complicada y con un carácter bastante ciclotímico, su afinidad con la dueña de la casa fue absoluta y encontró en Madame Helvetis algo así como la madre que nunca pudo tener. En Auteuil, Cabanis encontró una familia y algo más, un lugar donde entrar en contacto con la élite intelectual parisina, lo que le permitió formarse en un amplio abanico de cuestiones y materias. Primero como oyente y luego como interlocutor en las reuniones semanales, Cabanis conoce los entresijos de la política francesa, las publicaciones más recientes, los avances médicos o las costumbres y tradiciones de pueblos orientales, todo ello merced a la gran variedad de personajes reputados que frecuentaban el Salón de Auteuil. Esta confluencia de saberes hizo que, tras acabar los estudios de Medicina, decidiera inclinarse por una medicina filosófica, a la manera que entendían la medicina Hipócrates o los médicos-humanistas del Renacimiento como Marsilio Ficino⁸⁵. Para Cabanis, la medicina no solo era la ciencia encargada de curar a los enfermos y lograr la buena salud de los pacientes, era también un saber que le permitía realizar una reflexión acerca del conocimiento humano, el cuerpo y la mente, entendiendo que todo ello forma una unidad indisoluble. Estos intereses encontraron respuesta en Mme Helvétius, interesada por las cuestiones de epistemología gracias a obras de su marido como *Del hombre, de sus facultades intelectuales y de su educación*, así como *Del espíritu*. Leyendo a Helvétius y dialogando con su viuda, Cabanis empieza a concebir una filosofía sensualista que rechaza de plano el dualismo reinante en la mayoría de los círculos médicos académicos. A su juicio, la materia es el principio de vida y había que excluir todo recurso espiritual, tanto de la medicina como del estudio del ser humano en general. En definitiva, Cabanis emprende la tarea de continuar con el materialismo de Helvétius y aplicarlo al terreno médico. Además, gracias a la

85 Estamos siguiendo a TEYSSEIRE, D., "Comme un fils tendre et dévoué: Cabanis et Madame Helvétius", en *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, pp. 57-58.

influencia de Madame Helvétius, Cabanis empieza a tratar a los pacientes más desfavorecidos de Auteuil y de Meulan y empieza a aprender inglés con Benjamin Franklin, quien iba a cenar con ellos varias veces por semana.

Paulatinamente, la maduración intelectual de Cabanis en Auteuil va de la mano de los acontecimientos políticos que se suceden, sobre todo, en la década de 1780. La casa de Madame Helvétius se convirtió en un hervidero de ideas republicanas, reformistas y antimonárquicas que influyeron en el pensamiento de Cabanis: su monismo gnoseológico y antropológico se proyectó en la esfera política bajo la forma de una República soberana e indivisible⁸⁶. Así, en 1789, Cabanis abraza sin dudarle las tesis revolucionarias y enarbola la bandera de la República democrática francesa, al igual que hizo Mme Helvétius. Ambos asumen las dos grandes proclamas de la Revolución francesa: acabar con todo vestigio político, social y religioso del Antiguo régimen e instaurar un Estado republicano. Cabanis, junto con La Roche, entran a formar parte de la Comuna de Auteuil y promueve la compra de los bustos de Voltaire, Mirabeau, Turgot y Rousseau, entre otros, para que presidieran el ayuntamiento revolucionario de la localidad. Asimismo, como señalamos con anterioridad, el 25 de abril de 1790, Cabanis, La Roche y Helvétius donan dinero para las “contribuciones patrióticas” con 1200 libras, 900 libras y 4500 libras respectivamente. No obstante, es oportuno decir que, pese a que era una contribución voluntaria, todo aquel que podía, colaboraba, por poca que fuese la cantidad, ya que los nombres se inscribían en un registro público y, quien no lo hacía, corría el riesgo de ser considerado monárquico y antipatriótico.⁸⁷

Médico personal de Mirabeau, en 1791, tras su muerte, Cabanis es nombrado administrador de los hospitales de París y, ese mismo año, es elegido junto con La Roche, uno de los ocho diputados del cantón de Passy.⁸⁸ Incluso, se le ofreció la posibilidad de convertirse en el embajador de Francia en Estados Unidos, cargo que rechazó. Súbitamente, como sucedió en otras muchas

⁸⁶Ibíd., p. 59.

⁸⁷ GUILLOIS, *Le salon*, pp. 74-75.

⁸⁸ Ibíd., p. 79

ocasiones, el optimismo filantrópico revolucionario desapareció con la llegada al poder de los jacobinos, y Cabanis fue, como tantos otros, víctima de los desmanes revolucionarios. Pese a no sufrir a Robespierre tanto como otros contertulios habituales de Auteuil, Cabanis vio truncado su sueño ilustrado basado en la razón y la unidad del ser humano. Así, en 1793, aparecieron unos manuscritos que probaban que el fallecido Mirabeau, hasta ahora héroe revolucionario, era en realidad un monárquico convencido, lo cual fue aprovechado por los jacobinos para perseguir a quienes fueron sus amigos y colaboradores. Pero, curiosamente, Cabanis no sufrió represión alguna, debido en parte a gozar de la protección explícita de Madame Helvétius, quien nunca dio motivos a Robespierre para ponerla en su punto de mira.

Tras la caída del “Incorruptible”, Cabanis lidera el grupo de los Ideólogos, clave para la confección de la Constitución del año III y, en 1796, se casa con Charlotte-Félicité de Grouchy, hermana de Sophie, viuda de Condorcet. En esa misma etapa, se convierte en diputado de la Asamblea legislativa durante el Directorio, y en profesor de la Escuela de Medicina de París. Defensor del golpe de Estado del 18 Brumario⁸⁹, Napoleón le da un cargo en el Senado y, posteriormente, se convierte en miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y miembro de la Academia Francesa. Finalmente, decepcionado con la deriva autoritaria de Napoleón, se refugió en la medicina y la filosofía. Lector de Locke, Helvétius, Condillac, así como de Séneca y Marco Aurelio, realizó una traducción al francés de la *Iliada* de Homero. Fruto de esta síntesis de influencias, publicó *Ensayos de física y moral del hombre*⁹⁰, donde exponía sus tesis materialistas y monistas aplicadas a las facultades intelectuales del ser humano, granjeándole gran éxito y reputación.

En el plano personal, Cabanis tuvo dos hijas, y ambas nacieron en casa de Madame Helvétius, lo que pone de manifiesto su vinculación afectiva. Entre ambos, existió una relación que traspasó la amistad. Una conexión similar a la que hay entre una madre y un hijo. Mme Helvétius encontró en Cabanis al hijo que

89 TEYSSEIRE, op. cit., pp. 65-66.

90 CABANIS, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, Paris, 1805.

nunca pudo tener, y se volcó en él desde el primer momento. Por su parte, Cabanis encontró en Mme Helvétius a la figura materna que siempre anheló, una persona agradable, inteligente, culta y afectuosa que le dio todo lo que tenía. Como madre e hijo, maestra y discípulo, el afecto, el respeto y la admiración se entrecruzaron durante los veintitrés años que vivieron juntos, hasta la muerte de Madame Helvétius en 1800. Él estuvo a su lado hasta su fallecimiento y permaneció largo tiempo en la casa de Auteuil con su familia, pues para Cabanis, ese era su verdadero hogar. Ocho años más tarde, el 5 de mayo de 1808, Pierre Jean Georges Cabanis fallecía de un derrame cerebral producido mientras descansaba en el jardín de la casa. Sus restos fueron enviados al Panteón de París⁹¹ para que fuese despedido con todos los honores y, posteriormente, volvió a Auteuil, donde le dieron sepultura junto a la persona más importante de su vida, Madame Helvétius.

- Un norteamericano en Auteuil: Benjamin Franklin

De los numerosos y célebres contertulios que compartieron cenas y debates con Mme Helvétius, tal vez quien tiene más renombre a nivel internacional es Benjamin Franklin (1706-1790), científico y político norteamericano considerado uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos.

Franklin llegó junto con sus dos nietos a finales de 1776 a París, hospedándose en la casa de Monsieur Le Ray de Chaumont, que colaboraba con los partidarios de la causa de la independencia norteamericana y fue el principal suministrador de armas de los americanos durante la guerra contra Inglaterra. El objetivo no era otro que buscar aliados sólidos para el joven país que había emergido tras escindirse de Inglaterra; en 1776, las colonias tenían graves problemas de abastecimiento: municiones y crédito, principalmente. A este hecho había que sumar el previsible bloqueo que Inglaterra hacía de todo intento de co-

⁹¹ GUILLOIS, p. 231.

mercio transoceánico. Con una coyuntura así, Francia, enemigo habitual de Londres, se presentaba como el socio perfecto. En esa época, Franklin era sin duda alguna el norteamericano más célebre y era considerado por los principales ilustrados un modelo a seguir para lograr el fin del Antiguo régimen; así, pese a sus limitaciones con el francés, pronto entró en contacto con políticos y pensadores como Turgot y Malesherbes, que le invitaron a asistir a los debates y tertulias del Salón de Auteuil. Desde ese momento, Franklin se convirtió en un participante habitual, hasta el punto de que no solamente asistía los martes, día en el que se producían los debates, sino que solía ir dos o tres veces más a la semana.⁹² En muy poco tiempo se trabó una amistad muy fuerte entre este y Mme Helvétius; no solo compartían intereses políticos y sociales, también tenían personalidades afines. Al comienzo, Franklin iba andando desde su residencia en Passy pero, a causa de la gota, fue paulatinamente recurriendo al carruaje. Este quedó hechizado por el carácter de Madame Helvétius, por su amabilidad y su carisma para atraer a personalidades tan influyentes. Le fascinaba la imagen de una mujer viuda y de cierta edad rodeada de hombres más jóvenes a los que corregía, orientaba y mostraba su autoridad:

“Observo que estadistas, filósofos, historiadores, poetas y hombres doctos de todo tipo se encuentran a su alrededor, para pegarse a usted como pajas en una fina pieza de ámbar. Y no es porque usted tenga pretensiones en alguno de sus conocimientos; y si las tuviera, la similitud de estudios no siempre hace que las personas se quieran. Tampoco es porque usted se esfuerza en enfrentarlos: la sencillez es algo que impacta de su carácter. [...] Encontramos en su dulce sociedad esa encantadora benevolencia, esa amigable atención que obliga, esa disposición a agradar y a ser agradado, que no se da en ninguna otra sociedad. Todo eso surge de usted, y de

92 GUILLOIS, *Le Salon*, p. 42.

usted brota esa influencia sobre todos nosotros; y en su compañía, no solo estamos encantados con su presencia, también encantados con los demás y con nosotros mismos.”⁹³

Franklin permaneció en París nueve años, hasta 1785, y de toda su correspondencia, es a Madame Helvétius a quien se dirigen la mayoría de las cartas, y en muchas ocasiones refiriéndose a ella como “Nuestra Señora de Auteuil”. Ella representaba una compañía agradable y enriquecedora, y su Salón, un lugar de encuentro inmejorable para codearse con la élite francesa. Ahora bien, no todos los integrantes de la expedición norteamericana veían el Salón con tan buenos ojos; John Adams, compañero de Franklin en la comisión, apreciaba la reputación de Madame Helvétius, si bien censuraba la presencia habitual en su casa de eclesiásticos y religiosos quienes, en los debates, manifestaban en ocasiones tesis irreverentes y críticas con la Iglesia. Incluso, alguno de esos religiosos (el abad Morellet) residía allí, en la casa de una mujer viuda:

“Esos eclesiásticos (...) imagino que tienen tanto poder para perdonar como pecados cometidos, o colaboradores del pecado. “Oh Dios mío”, me dije. Cuánta absurdidad, inconsistencias, distracciones y horrores podrían introducir esas costumbres en nuestros gobiernos republicanos de América. Ningún Gobierno Republicano podría existir con esas costumbres locales. ¡Cuidado América!”⁹⁴

Estas palabras son ejemplo de su concepción moral puritana en lo que a valores y tradiciones se refiere, si bien es cierto que Adams respetaba profundamente a Mme Helvétius. Ahora bien, su retrato de “Nuestra Señora de Auteuil” difiere notablemente

⁹³ *Memoirs of the life and writings of Benjamin Franklin*, William Temple Franklin, Londres, 1813, III, p. 332. La traducción es nuestra.

⁹⁴ ADAMS, J., *Diary and autobiography*, Cambridge, Butterfield, 1961, lettre 728, IV, pp. 58-59. La traducción es nuestra.

del que realiza su esposa, Abigail Adams, quien estuvo durante unos meses en París. Siguiendo el puritanismo de su marido, concibe a Madame Helvétius como paradigma de la Francia monárquica de la década de 1780: una mujer mayor y estropeada que pretende mantener el atractivo de su lejana juventud. El caso de una mujer simboliza el declive francés:

“Mme Helvétius entró en la habitación con aire despidado; cuando vio allí a mujeres que no conocía, exclamó: “Ah, Dios mío, ¿dónde está Franklin? ¿Por qué nadie me dijo que había mujeres? ¿Qué aspecto tengo?”, dijo mientras cogía una camisa hecha de *tiffany* que se cerraba con una cuerda azul, y que mostraba mucho mejor su decadencia que su belleza, por la que fue en su tiempo una mujer hermosa. [...] Cuando llegó Franklin, le dio un doble beso, uno en cada mejilla y otro en la frente. [...] Ella llevaba el mando de las conversaciones durante la cena, cogiendo frecuentemente la mano del Doctor Franklin y extendiendo sus brazos sobre las espaldas del Doctor y de mi marido, sentado a su lado y luego, dejando caer el brazo cuidadosamente sobre el cuello del Doctor.”⁹⁵

Independientemente de la valoración que hiciera Abigail Adams, su relato deja patente que Benjamin Franklin era una persona muy querida en Auteuil. En el jardín de la casa, durante la fiesta de San Juan, incluso se convirtió en miembro de la influyente logia masónica de las Nueve Hermanas, portando el número 106⁹⁶. Además, frágil de salud, Franklin encontró en Madame Helvétius a una amiga que lo visitaba regularmente durante sus frecuentes ataques de gota e, incluso, en los últimos meses de su estancia en Francia y afectado por cálculos renales, le recomendó anular su vuelta a Philadelphia, operarse con un

⁹⁵ *Letters of Mrs Adams*, II, Boston, 1840, pp. 55-56. La traducción es nuestra.

⁹⁶ LOPEZ, C.-A., Le “cher ami”: Benjamin Franklin, en *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, p. 78.

médico de su confianza y permanecer en París⁹⁷. Sin embargo, en 1785 decide volver a Norteamérica pero le deja como regalo uno de sus retratos más conocidos, el pintado por Van Loo⁹⁸. Para su regreso, Franklin viaja en un carruaje real y antes de zarpar, le escribe numerosas cartas. Una de ellas, al llegar a la ciudad portuaria de Le Havre, donde cogería el barco hacia Norteamérica:

“Llegamos ayer, mi querida amiga, ayer por la tarde, afortunadamente. No estoy nada cansado. Me encontraba mejor incluso que antes de mi partida. Nos quedaremos aquí unos días, por nuestro equipaje y por nuestro compañero de viaje, el Señor Houdon⁹⁹. Cuando él llegue, abandonaremos Francia, el país del mundo que más amo, y dejaré allí a mi querida Helvetia. Ella puede estar contenta. No estoy seguro de si seré feliz en América, pero es necesario que vuelva. Me parece que las cosas no van bien en esta parte del mundo, cuando veo que los seres, tan hechos para ser felices juntos, están obligados a separarse.

He encontrado tantas dificultades en mi proyecto de pasar de Rouan por agua, que estoy muy contento de haber obtenido del buen duque de Coigny el permiso para poder continuar en litera.

Dígale a los abades, a los buenos abades, palabras de mi parte llenas de amistad. No le digo que la amo. Me dirían que no hay nada extraordinario en eso porque todo el mundo la ama. Solamente espe-

⁹⁷ *Ibid.*, p. 84.

⁹⁸ El cuadro se encuentra actualmente en la Sociedad Filosófica Americana de Philadelphia.

⁹⁹ Jean Antoine Houdon (1741-1828), escultor francés que ya realizó un busto de Franklin. En este viaje se dirige al Estado de Virginia para hacer un busto de George Washington.

ro que usted me quiera un poco todos los días. Las visitas me interrumpen. Antes de partir le diré mi último adiós.”¹⁰⁰

Días más tarde, el 27 de julio de 1785, en Southampton, de donde partiría hacia Philadelphia escribió:

“Nuestra nave llegó aquí ayer desde Londres. Hoy embarcaremos. Adiós, mi muy muy muy querida amiga. Deséen un buen viaje y dígame a los buenos abades que recen por nosotros, que ese es su oficio. Me encuentro muy bien. Si llego a América, tendrá pronto noticias mías. Le querré siempre. Piense de vez en cuando en mí y escríbale de vez en cuando a mis chicos presentándole sus respetos.”¹⁰¹

Al llegar a Philadelphia, Franklin envía a Auteuil gorriones americanos de plumas escarlata que perecen durante el viaje. Finalmente, en otoño de 1788 y ya enfermo, Franklin envía a Mme Helvétius la que sería su última carta:

“No puedo dejar pasar esta ocasión, mi querida amiga, sin decirles que os quiero siempre, y que me estoy portando bien. Pienso continuamente en los placeres que disfruté en la dulce Sociedad de Auteuil. Y a menudo en mis sueños, desayuno con usted, me siento a su lado sobre uno de sus miles de sofás, o paseo con usted en su bello jardín.”¹⁰²

Al marchar a Norteamérica, la labor diplomática de Franklin fue continuada en Francia por Thomas Jefferson, Wi-

100 Bibliothèque Nationale Française, ms, fr. 12763, f. 281, en LÓPEZ, op. cit., p. 85. La traducción es nuestra.

101 *Ibid.*, p. 283, LÓPEZ, *ibidem*.

102 Library of Congress, Washington, Papier Franklin, série 2, XXVII, 25 octobre 1788 p. 2655, en LOPEZ, op. cit., p. 86. La traducción es nuestra.

William Short y Charles Ingersoll, quienes también asistieron al Salón de Auteuil con frecuencia hasta la muerte de Mme Helvétius.

-La Revolución devorando a sus hijos: El matrimonio Condorcet- de Grouchy

Junto con Turgot, Nicolás de Condorcet (1743-1794)¹⁰³, puede ser considerado otro de los viejos amigos de Madame Helvétius. Paradigma del hombre ilustrado, progresista, optimista, crítico con el poder y con un conocimiento enciclopédico, a los 22 años publicó un ensayo sobre el cálculo integral y en 1769, fue elegido miembro de la Real Academia de Ciencias. Empezó a frecuentar los círculos intelectuales a partir de la segunda mitad de la década de 1765, trabando amistad con Voltaire, Helvétius, Diderot, Turgot, Condillac y d'Alembert, que pronto vieron en él un gran talento y, por ello, redactó varios artículos de la *Encyclopedie*. En concreto, su amistad con Turgot le permitió ocupar el cargo de Inspector General de la Moneda e introducirlo en las tertulias de los *philosophes*, así como convertirse en asistente habitual a las tertulias del Salón de Auteuil, desde que Mme Helvétius se trasladó allí. Sabemos que le fascinaban los debates políticos y religiosos que tenían lugar en el Salón, y su ateísmo militante y convencido le llevaba a menudo a entrar en acalorados debates con el resto de interlocutores, principalmente con Turgot.¹⁰⁴ De los asistentes a Auteuil, puede ser considerado uno de los más firmes detractores del Antiguo régimen.

En 1786, Condorcet se casa con la joven Sophie de Grouchy (1764-1822), veinte años más joven que él. Procedente de una familia adinerada, de Grouchy tuvo una esmerada educación ya que sus padres pagaron a afamados preceptores de pintura, inglés, latín, arpa y literatura.¹⁰⁵ Uno de sus maestros durante su infancia fue el poeta Roucher, con quien se reencontraría des-

103 Seguimos el completo estudio sobre la vida de Condorcet de Torres del Moral en CONDORCET, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2004.

104 GUILLOIS, *Le Salon*, p. 41.

105 BOISSEL, *Th., Sophie de Grouchy, femme des Lumières, 1764-1822*, Paris, Presses de la Renaissance, 1988, p. 14.

pués en casa de Madame Helvétius. En 1784, sus padres la envían al convento de Neuville les Dammes, con la finalidad de que adquiriera valores religiosos y nobles maneras, pero también para alejarla de un posible matrimonio de conveniencia. Allí, de Grouchy enferma debido a las malas condiciones en las que se encuentra, y recurre a la lectura de los libros profanos que se llevó, principalmente obras de Voltaire, Rousseau y los *Pensamientos* de Marco Aurelio.¹⁰⁶ Dos años más tarde, a través de su tío, el magistrado liberal Charles Dupaty, conoce a Condorcet y, a los pocos meses, contraen matrimonio en Villete, donde la familia de Grouchy tenía su residencia habitual. A finales de la década de 1780, de Grouchy establece su propio salón filosófico en la entrepuerta del Hotel de las Monedas de París, que sería conocido a partir de ahora como el Salón de las Monedas, donde asistían muchos de los personajes habituales del Salón de Auteuil, así como los magistrados de la familia, Dupaty y Fréteau. Amiga de Mme Helvétius, compartía con ella su rechazo a Madame de Staël. Su Salón permaneció activo desde 1789 aproximadamente, hasta 1793, cuando se vio obligada a cerrarlo por la persecución jacobina; posteriormente, retomó su actividad en 1799 hasta su fallecimiento.

Fue a partir de 1789 cuando el matrimonio empezó a asistir con frecuencia a Auteuil, sin duda alguna movidos por la actividad pre-revolucionaria.¹⁰⁷ Entre 1789 y 1791, tanto Condorcet como de Grouchy formaron parte de la izquierda más activa y radical, participando en las revueltas de los Campos de Marte. Paralelamente, de Grouchy funda el periódico *El Republicano* y participa en la inauguración del Club de la Revolución, donde conoce a Olympe de Gouges, militante feminista, a la que recomienda la lectura de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, que conocía de las tertulias en el Salón de las Monedas.

El 26 de septiembre de 1791, Condorcet es elegido diputado, y en octubre es uno de los encargados de elaborar la nueva Constitución Republicana, con el apoyo decidido de Mme Hel-

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 80.

¹⁰⁷ GUILLOIS, *Le Salon*, pp. 69-70.

vétius, quien consideraba que la redacción de una nueva Constitución que defendiera la igualdad y la libertad era prioritaria.¹⁰⁸ Como la mayoría de los amigos de nuestra protagonista, el matrimonio de Grouchy-Condorcet, se alineó en el bando de los girondinos, lo cual tuvo consecuencias funestas. Con el rey Luis XVI y toda su familia apresada, se planteó el debate de qué hacer con ellos. Condorcet, ejerciendo su labor como diputado, votó en contra de la ejecución de la Familia Real, y propuso establecer un tribunal de excepción que sometiera el veredicto a la aprobación del pueblo; su idea era consolidar la República francesa pero sin consumir el regicidio, pues supondría inmediatamente entrar en guerra con las monarquías europeas más cercanas.¹⁰⁹ Finalmente, sobre 721 votantes, 361 votan por la muerte inmediata del rey, 26 por el aplazamiento temporal, y 286 por la cárcel, entre ellos Condorcet y todo el bando de los girondinos. Al mismo tiempo, Austria, Prusia e Inglaterra declaran la guerra a Francia. Los jacobinos se convierten en el grupo político más poderoso, y el 27 de abril de 1792, el diputado jacobino Chabot denuncia al matrimonio bajo pretexto de una inmoral vida privada y por sus orígenes nobles. El 17 de septiembre de 1793, se aprueba una ley que justifica cualquier acción contra los sospechosos de conspirar contra Francia, y el 27 de noviembre, el radical Jacques Hébert denuncia personalmente a de Grouchy ante el Club de los Jacobinos. Condorcet y de Grouchy deciden dejar su casa de París. Cuando empieza a ser perseguido Condorcet por la autoridades políticas, Madame Helvétius lo esconde en su casa; debido a los constantes interrogatorios y redadas, posteriormente se refugia en casa de Garat, y Cabanis le encuentra cierta protección en casa de la viuda del pintor Vernet. Allí, empieza a redactar su obra más conocida, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, texto de filosofía de la historia que muestra una gran confianza en el optimismo y el progreso de la humanidad. Mientras tanto, Sophie de Grouchy y su hija de cuatro años se hospedan en Auteuil y gozan de seguridad, aprovechando la amistad que tienen Cabanis y Mme Helvétius con el alcalde de

108 Véase BADINTER, E., et R., *Condorcet, un intellectuel en Politique*, Paris, Fayard, 1988.

109 Véase McPHEE, pp. 107-131.

la villa. El 25 de marzo de 1794, Condorcet abandona su refugio convencido de que no está a salvo e intenta escapar hacia las afueras de París. Tras errar durante dos días, se esconde en una posada de Clamart, un pueblo a diez kilómetros de la capital, tomando el nombre de Pierre Simon, donde llama la atención por su mal aspecto y por llevar puesto un llamativo reloj de plata y agujas de oro, y es detenido. El proceso de su arresto es el siguiente:

“Pierre Simon, nativo de Ribemont, distrito de Saint-Quentin, de 50 años de edad, habiendo vivido en la calle Lille, nos declara que no está casado. Rasgos físicos: 5 pies, 5 pulgadas, 6 líneas; cabello castaño, frente descubierta, boca mediana, nariz aguileña, mentón redondo, cara redonda y piel marcada por leve viruela y una marca encima del ojo derecho. Lleva un reloj de plata con agujas de oro que marca la hora, minutos, días y semana, con la inscripción de una G, un libro de Horacio en latín, un portaplumas de plata, una navaja de afeitar con mango de marfil, un cuchillo con mango de cuerno y sacacorchos y unas pequeñas tijeras.”¹¹⁰

Las autoridades reconocieron rápidamente a Condorcet, así como el reloj que llevaba, de gran valor, cuya G indicaba que se lo intercambió a su cuñado, el general de Grouchy.¹¹¹ Ese mismo día fue enviado a la cárcel de Bourg-la-Reine, donde falleció el 29 de marzo, en circunstancias todavía sin esclarecer, aunque previsiblemente suicidándose con la colaboración de Cabanis, quien le suministró un veneno usado habitualmente como pesticida.

Aún sin saber de la muerte de su marido, de Grouchy perdió todos sus bienes materiales y durante un largo periodo vivió en Auteuil. Trabajaba pintando los retratos de los prisioneros.

110 GUILLOIS, *Le Salon*, p. 99. La traducción es nuestra.

111 *Ibidem*.

neros del Terror que iban a ser ejecutados con el fin de que sus familias tuvieran un recuerdo. Con el dinero acumulado, abrió una pequeña lencería en París.¹¹² Tras la caída de Robespierre, de Grouchy recupera sus posesiones y se traslada a una casa de la calle Penthève, donde reabre su Salón de las Monedas. Fallece el 8 de septiembre de 1822 y es enterrada en el cementerio de Père-Lachaise, en un acto sencillo y no religioso. Sus restos reposan entre los del físico Edouard Branly y el músico Chopin.

- El fundador de la Ideología: Destutt de Tracy

Antoine Destutt, conde de Tracy (1754-1836) pertenecía a una familia que vino de Escocia para defender al rey Carlos VII contra los ingleses¹¹³ y era hijo de un militar de carrera fallecido en 1759, en la batalla de Minden, que enfrentó a Inglaterra y Francia en la guerra de los Siete Años. De Tracy siguió los pasos de su padre e hizo carrera militar, llegando a ser coronel de regimiento en 1789. Su presencia en el Salón de Auteuil se constata a partir de 1785, cuando empieza a asistir a las reuniones y, fundamentalmente, a entablar relación con Cabanis y Volney, esbozando juntos lo que después se llamará la Ideología. Durante los comienzos de la Revolución francesa participa activamente en el movimiento y es elegido diputado por la nobleza en los Estados Generales. En esa época, de Tracy se traslada a Auteuil con su madre, su mujer y sus dos hijos pequeños. En ese periodo, de Tracy, junto con integrantes habituales del Salón como Condorcet, Roucher o la misma Mme Helvétius, abraza con optimismo el levantamiento popular. En 1792 es nombrado Mariscal de campo por La Fayette aunque meses más tarde, vuelve a la vida civil. Con el auge de Robespierre, de Tracy se gana las antipatías de los jacobinos por sus orígenes nobles y su amistad con La Fayette, a quien consideraban un conservador. Durante un tiempo vive apartado de la vida pública, visitando la casa de Mme Helvétius regularmente para ver a sus amigos Cabanis y Volney. A finales de 1792, la situación de todos ellos cambia y empiezan a ser ha-

¹¹² BOISSEL, pp. 151-195.

¹¹³ Véase GUILLOIS, *Le Salon*, pp. 90.

bituales las visitas de las autoridades a su casa y las detenciones durante sus paseos por Auteuil. Finalmente, el 2 de noviembre de 1793 es detenido y enviado a las cárceles de l'Abbaye y Carmes¹¹⁴. Al ser encarcelado, Mme Helvétius y Cabanis lideran una petición del Comité de vigilancia de Auteuil para pedir su libertad que no es tenida en cuenta. Tras once meses en prisión, milagrosamente, la caída de Robespierre se produjo días antes de su juicio en el que, previsiblemente, iba a ser condenado a la guillotina. En la cárcel, de Tracy empieza a leer las obras de Locke y Condillac y comienza a redactar su obra magna, *Ideología*.

De vuelta a Auteuil, de Tracy se reúne con Madame Helvétius y los supervivientes del Terror: Daunou, Guinguené, y La Roche. Desgraciadamente, la actividad en el Salón notaba las trágicas pérdidas de Condorcet, Chénier, Chamfort y Roucher. Sin embargo, de Tracy fue capaz de revitalizar los debates y tertulias exponiendo su lectura de las obras de autores empiristas y sensualistas, y orientándolos hacia lo que sería la influyente ciencia de las ideas o Ideología, que gozó de notable poder hasta la consolidación de emperador Napoleón Bonaparte en el poder¹¹⁵.

- De Oriente a Auteuil: Volney

A comienzos de la década de 1780, empieza a asistir un joven llamado simplemente Volney, pese a poseer el rango de Conde. Muy probablemente llegó al Salón de Auteuil de la mano de d'Holbach y Franklin. Su presencia en Auteuil fue decisiva para configurar su pensamiento, pues allí entró en contacto con Cabanis y de Tracy, y gracias a ello formó parte del grupo de los Ideólogos. Sabemos por los testimonios de Guillois, de Garat y de Morellet que Volney simultaneó sus visitas al Salón de Mme Helvétius con estancias frecuentes en casa del barón d'Holbach y, a pesar de admirar profundamente a d'Holbach, muy pronto sintió una especial predilección por nuestra protagonista: "Los testimonios de amistad que he recibido en Auteuil me han dado

114 *Ibid.*, p. 90.

115 LAGRAVE, Présentation, *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, p. 5.

tanta confianza, que me atreví a quererme desde que usted me amó"¹¹⁶.

A finales de dicha década, Volney se había convertido en un afamado escritor debido, fundamentalmente, a su obra *Viajes a través de Siria y Egipto*, donde relata su expedición a Oriente durante tres años y realiza un análisis de las costumbres, tradiciones y valores de los pueblos musulmanes en contraposición con la forma de vida occidental, principalmente francesa. Como consecuencia, los martes, era habitual verle en Auteuil narrando alguna de sus experiencias o debatiendo acerca de la idoneidad de unas costumbres u otras, contraponiendo Oriente y Occidente. A su juicio, Oriente es el mayor paradigma del despotismo teológico y político, algo que observa tanto en Siria y en Egipto, así como en Turquía, paso hacia aquellos países. Frente a la cultura europea, origen de las ideas que gobiernan a las personas, la cultura de Oriente está repleta de fábulas y relatos mitológicos que perpetúan la debilidad, la miseria y el temor a los gobernantes. Ahora bien, su presencia en el Salón de Mme Helvétius convirtió a un joven explorador en un escritor con clara vocación social y política; en Auteuil, Volney asimila una forma de entender el conocimiento enciclopédica, centrada en luchar contra los prejuicios y que ponga la teoría al servicio del compromiso crítico con los desfavorecidos¹¹⁷. No es casualidad que entrara en contacto directo con sus dos grandes referencias intelectuales, d'Holbach y Helvétius; al primero, en primera persona, al segundo a través de la lectura de sus obras y de sus diálogos con Madame Helvétius. Esta confluencia cristaliza en su obra *Las Ruinas*, de 1791, un ensayo de filosofía de la historia que concibe el desarrollo de la humanidad sobre la base de la creación de sociedades ateas, libres e iguales¹¹⁸. Su idea es hacer compatible una visión cíclica de la historia con la idea de progreso lineal, claramente inspirado por la Revolución francesa y en sintonía con la sublevación de las clases oprimidas:

116 BONNEFON, P., "A travers les autographes: deux lettres de Volney", *Revue d'histoire littéraire de la France*, 6, 1899, Lettre de Volney du 25 juillet 1785 adressée à la maison de Madame Helvétius, p. 445.

117 GUILLOIS, *Le Salon*, p. 76. La traducción es nuestra.

118 Véase DURNERIN, J., "Las ruinas de Palmira de Volney en la traducción del abate Marchena", *Anuales de Filología Francesa*, 12, 2004, pp. 95-105.

“Gobernaos vosotros mismos. [...] Todos los vicios y los desórdenes políticos se reducen a lo siguiente: hombres que no hacen nada, y que devoran la sustancia de los otros; y hombres que se apropian de los derechos particulares, de los privilegios exclusivos de riqueza y ociosidad. He aquí la definición de todos los abusos que existen en todas las naciones. Comparemos a los Mamelucos de Egipto, los Nobles de Europa, los Naïrs de la India, los Emires árabes, los Patricios de Roma, los Sacerdotes cristianos, los Imanes, los Bramas, los Bonzos, los Lamas, etc. Encontraréis siempre los mismos resultados, “los hombres ociosos viven a costa de aquellos que trabajan.”¹¹⁹

Además de en su trasfondo crítico y subversivo, como señalan estudiosos sobre Volney, en dicha obra puede observarse la presencia de Helvétius en dos aspectos: la pretensión de tratar la moral como una ciencia física, que se encuentra tanto en *Del espíritu* como en *Del hombre*, y el enfoque de lo que podríamos llamar una “filosofía de la educación”, fruto de la influencia de Mme Helvétius y su interpretación de la filosofía de su marido¹²⁰. Esta influencia bien puede considerarse recíproca en muchos aspectos, principalmente a partir de 1789, pues Volney y Mme Helvétis muestran una afinidad clara en su forma de interpretar la Revolución francesa; ambos reivindican la necesidad de redactar una nueva Constitución cuanto antes que acabe con los privilegios de la nobleza y el clero y, al menos en esa primera etapa del proceso, se orientan en lo que podríamos llamar “extrema izquierda”, a tenor de las críticas que realizó el abad Morellet a la intolerancia de sus antiguos amigos, y que vimos con anterioridad. Esta amistad permaneció con toda su fuerza durante el transcurso de los acontecimientos, pues Volney, asistía con regularidad a la cena de los martes en Auteuil e, incluso, se convir-

119 VOLNEY, *Les Ruines*, Paris, Fayard, 1791, ch. 15, p. 255. La traducción es nuestra.

120 DENEYS, H., Volney, Auteuil et la composition des “Ruines”, en *Madame Helvétius et la Société d’Auteuil*, p. 115.

tió en representante del Tercer Estado en los Estados Generales de 1789 y, posteriormente, secretario de la Asamblea Nacional Constituyente en 1790, con la ayuda inestimable de Mme Helvétius, que apoyó su candidatura e hizo uso de sus influencias, hasta que tuvo lugar el ascenso de Robespierre. En ese momento, los jacobinos le acusan de realista y pasa 10 meses encarcelado. Tras el fin del Terror, y por intercesión de Mme Helvétius, viaja en 1795 a los Estados Unidos¹²¹, donde se reúne con Franklin. A su vuelta, Volney aprueba el golpe de Estado del 18 Brumario (1799) y Napoleón¹²² le nombra Conde del Imperio. Tras la caída de este, se convierte en senador bajo el reinado de Luis XVIII. Fallece en París el 25 de abril de 1820.

121 Seguimos STAAFF, *La littérature française. Depuis la formation de la langue jusqu'à nous jours*, tome III, Paris, Didier et Delagrave, 1873, p. 49.

122 Ambos se conocían desde que Volney viajó a Córcega en 1792, donde Napoleón era un joven soldado. Posteriormente, en 1795, un Napoleón relegado al ostracismo por el Directorio, recurrió a Volney para conocer rasgos de la geografía y la sociedad de Egipto, sin duda con vistas a la posterior expedición de 1798. Véase GUILLOIS, *Le Salon*, p. 107 y STAAFF p. 49.



Correspondencia seleccionada



Madame Helvétius a Jean-Baptiste Cabanis de Salagnac¹²³

Señor, su hijo ha llegado con la mejor salud posible. Puede estar seguro de que estaré muy atenta para hacer que la conserve. Él necesita la mayor dedicación. Por mi parte, no recibirá ningún contratiempo, y seré muy severa.

Por lo que veo, para el resto de su comportamiento no necesita mentor. Es imposible ser mejor en todo. Y sus ideas sobre el matrimonio me parecen tan razonables y tan honestas, que no se podrían decir mejor. Hablamos mucho de usted, de su apego, de su respeto y del deseo que él tiene de verle rodeado de la gente que le ama; de sacrificar, para devolverlos la vida más feliz posible, sus gustos y su fortuna. Él tiene el alma llena de sus bondades, de su ternura.

Todos los días hablamos de usted. Espero que venga a pasar algún tiempo a este país. Yo tengo ganas de conocerle, Señor, con la mayor prontitud, y de demostrarle los sentimientos de estima y apego que tengo el honor de sentir.

Vuestra muy humilde y muy obediente sirvienta.

Ligniville Helvétius

En Auteuil, el seis de agosto de 1780

¹²³ Padre de Pierre Jean Georges Cabanis (1725-1786), fue abogado del Parlamento y agrónomo, pionero en la introducción de la oveja merina en Francia y del cultivo de árboles frutales por injertos. En 1764 publicó *Ensayo sobre los principios del injerto*.

Carta de Madame Helvétius a Jean Baptiste François Vieilh¹²⁴

Puede estar bien seguro de lo mucho que me afecta su pérdida. Ella es irreparable, yo lo siento así, y estoy muy dispuesta a hablar con usted de mis penas en vez de intentar aliviar las suyas. El tierno interés que merecen inspirar vuestros encantadores hijos solo puede ir a más a causa de un acontecimiento que les prive de una guía, de un apoyo tan necesario. Yo estaré siempre encantada de demostrárselo. Usted podrá ver, Señor, que no hay nada que salga más del corazón que de serle de utilidad, y de manifestarle mis más profundos sentimientos de estima, Señor.

Vuestra muy humilde y obediente sirvienta.

Ligniville Helvétius

Auteuil, veintidós de octubre de 1781

¹²⁴ Vieilh era guardián de los archivos de la Compañía de Indias. El tema de esta carta es el fallecimiento de su esposa, Luise Judith Deschamps, quien dejaba cinco hijos huérfanos.

Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin¹²⁵

Madame Helvétius le ha encargado al Señor Cabanis y al Señor abad de La Roche que se pasen por la casa del Señor Franklin para prevenirle de que ella está muy enfadada por no poder cenar juntos mañana sábado, por lo que esperará al lunes próximo para tener el placer de compartir esa cena, tomar té helado y hablar tranquilamente sobre la buena música.

¹²⁵ Carta fechada antes de 1784, periodo en el que Franklin estuvo aquejado de diversas dolencias, entre ellas, fuertes episodios de gota y cálculos renales.

Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin¹²⁶

La amable carta que usted me ha escrito, mi querido amigo, me ha hecho sentir con todavía más viveza la tristeza de no haber podido cenar juntos el miércoles. Esperaba que después de haberme dicho cosas tan bonitas sobre el papel, usted viniera a decírmelas de viva voz. Estoy bastante molesta por haber esperado demasiado, porque le confieso que amo las cosas bellas y, sobre todo, aquellas que me vienen de usted. Hoy tengo novedades de usted, y le cuento que son buenas noticias sobre su dolor de espalda. Pero, a propósito, ¿qué le ha hecho a esa espalda? ¿Ha sido, por casualidad, un reumatismo cogido bajo las ventanas de alguna de mis rivales? ¿Está usted bien sentado para pasar las noches bellas y despejadas tocando la guitarra y golpeándola en sus dedos? Piénselo bien, no le compadezco en absoluto. En cualquier caso, esa será una buena lección para usted: cada día veo con más claridad cómo hay necesidad de la ligera e impropia juventud.¹²⁷ En lo que me reafirma todo esto es en que vuestro hijo debe cuidar de vuestra conducta y yo le recomiendo seguir sus consejos.

Adiós, mi amigo. Le abrazo dulcemente, y le deseo mucho.

126 Carta fechada antes de 1784.

127 En un contexto de coquetería entre ambos, Madame Helvétius está sacando a colación de las molestias de Franklin, su conocida tendencia a la galantería y al disfrute de la noche parisina.

Carta de Franklin a Madame Helvétius¹²⁸

Las moscas de los apartamentos de Monsieur F. piden permiso para presentar sus respetos a Madame Helvétius, y expresan con sus mejores palabras su reconocimiento por la protección que ella tiene a bien otorgarles.

Hemos residido durante largo tiempo bajo el techo hospitalario del buen F. Nos ha hospedado gratis. Hemos comido y bebido todo el año en sus dependencias, sin que nos haya costado nada. A menudo, cuando sus amigos y él han agotado un cuenco de ponche, dejaba una cantidad suficiente para emborrachar a un centenar de nuestras moscas. Hemos podido beber libremente y después de todo eso hemos hecho nuestros proyectos, nuestros círculos y nuestras reuniones alegremente en el ambiente de su habitación, y hemos consumado alegremente nuestros amoríos bajo su nariz. En definitiva, habríamos sido las personas más felices del mundo si no hubieran estado en el tejado los numerosos carpinteros y nuestros enemigos declarados (las arañas), que tendían sus redes para apresarnos, que nos rasgaban sin cesar. Gentes de una naturaleza sutil y feroz, ¡una mezcla abominable! Usted, muy excelente mujer, tuvo la bondad de ordenar que todos esos asesinos, con sus habitaciones y sus trampas fueran barridos. Vuestras órdenes (como siempre debe ser) han sido ejecutadas sobre el terreno. Desde ese momento, vivimos alegremente y disfrutamos de la beneficencia del buen F. sin temor alguno.

Solo nos falta una cosa que desear para asegurar la permanencia de nuestra felicidad. Permitidme que se la diga: que usted haga posible que haya solo una limpieza en la casa.

128 Carta de 1784 o 1785.

Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin¹²⁹

No sé cómo hacerme, mi querido amigo, a la idea de que usted nos ha dejado, de que usted no volverá a estar más en Passy, y que no lo volveré a ver jamás. Le veo a usted en su litera a cada paso que da, alejándose de nosotros, perdido para mí y para mis amigos, a los que tanto ama usted y a los que deja muchos recuerdos. Tengo miedo de que usted sufra y que el camino le canse y aumente su malestar. Si eso sucede, vuelva, mi querido amigo, ¡vuelva con nosotros! Usted adorna mi pequeño retiro. Él le llora por la amistad que usted encontró y por los cuidados que le dimos; usted aumenta la felicidad de nuestra vida, y nosotros contribuimos a la suya.

He aquí, mi querido amigo, cosas de las que usted no duda, cosas que ha podido leer en mi corazón y en el de mis buenos amigos que son también los suyos. No tengo mayor placer que escribirle, que pensar en usted, y de repetirle de qué manera soy su buena amiga.

Ligniville Helvétius
Lunes, dieciocho de julio de 1785

129 Carta dirigida a Le Havre, ciudad en la que Franklin permaneció hasta el día 22 de julio de 1785, para partir después hacia Inglaterra.

Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius

En Le Havre, este 19 de julio de 1785

Llegamos ayer, mi querida amiga, ayer por la tarde, afortunadamente. No estoy nada cansado. Me encontraba mejor incluso que antes de mi partida. Nos quedaremos aquí unos días, por nuestro equipaje y por nuestro compañero de viaje, el Señor Houdon¹³⁰. Cuando él llegue, abandonaremos Francia, el país del mundo que más amo, y dejaré allí a mi querida Helvetia¹³¹. Ella puede estar contenta. No estoy seguro de si seré feliz en América, pero es necesario que vuelva. Me parece que las cosas no van bien en esta parte del mundo, cuando veo que los seres, tan hechos para ser felices juntos, están obligados a separarse.

He encontrado tantas dificultades en mi proyecto de pasar de Rouan por agua, que estoy muy contento de haber obtenido del buen duque de Coigny el permiso para poder continuar en litera.

Dígale a los abades, a los buenos abades¹³², palabras de mi parte llenas de amistad. No le digo que la amo. Me dirían que no hay nada extraordinario en eso porque todo el mundo la ama. Solamente espero que usted me quiera un poco todos los días. Las visitas me interrumpen. Antes de partir le diré mi último adiós

130 Jean Antoine Houdon (1741-1828), escultor francés que ya realizó un busto de Franklin. En este viaje se dirige al Estado de Virginia para hacer un busto de George Washington.

131 Forma afectuosa de dirigirse a Madame Helvétius.

132 Se refiere a de La Roche y Morellet, huéspedes en casa de Madame Helvétius.

Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius

En Southampton, 27 de julio de 1785

En Inglaterra, cerca de la Isla de Wight

Nuestra nave llegó aquí ayer desde Londres. Hoy embarcaremos. Adiós, mi muy muy muy querida amiga. Deséenos un buen viaje y dígale a los buenos abades que recen por nosotros, que ese es su oficio. Me encuentro muy bien. Si llego a América, tendrá pronto noticias mías. Le querré siempre. Piense de vez en cuando en mí y escríbale de vez en cuando a mis chicos presentándole sus respetos¹³³.

Vuestro B.F.

133 Sus nietos, William Temple Franklin y Benjamin Franklin Bache.

Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius

En Philadelphia, este octubre de 1785

Ayer fue miércoles. A las diez de la mañana, pensé en usted, en su casa, su mesa, sus amigos...A esa hora, me dije, están todos comiendo: M. Le Roy¹³⁴, M. Hennin¹³⁵, los abades de La Roche y Morellet, el Señor Cabanis y alguna de las pequeñas estrellas¹³⁶. Madame Helvétius sirve a toda la compañía con tanta facilidad como alegría. Pero, desgraciadamente, no estoy allí para participar de las buenas palabras llenas de sentido común, del espíritu y la amistad, que siempre amenizaban sus comidas.

Usted estará contenta de saber que aquí gozo de buena salud y estoy feliz en el seno de mi familia. Pero echo en falta el descanso que anhelaba, porque me han agarrado para hacerme gobernador¹³⁷, y he tenido la debilidad de permitirlo. Y así estoy, más ocupado que nunca. Si puedo proporcionarle un bien a mi pueblo, eso me consolará. De otra forma, desearía haber aceptado su invitación amistosa para pasar el resto de mis días en su casa.

Adiós, mi querida amiga, ámeme siempre, como yo le amo a usted. Abraze de mi parte a todos los amigos de su círculo, y créame que siempre estoy ligado a usted con los vínculos más afectuosos.

134 Jean Baptiste Le Roy (1720-1800), miembro de la Academia Real de Ciencias. Estaba muy interesado en el estudio de la electricidad.

135 Contertulio habitual en el Salón de Auteuil desde 1775.

136 Franklin se refiere así a las dos hijas de Madame Helvétius.

137 El 11 de octubre de 1785, Franklin fue elegido miembro del Consejo Ejecutivo Supremo de Pensilvania.

Carta de Madame Helvétius a Benjamin Franklin

31 de julio de 1787

¡Qué alegría ha extendido usted, mi querido Franklin, en este pequeño retiro! Nos hemos reunido todos para leer y releer su cariñosa carta: el recuerdo que guarda de mi vida interior, los días que ha pasado con nosotros y el bien que ha dejado usted en mi alma. No me duermo nunca sin valorarle aún más al día siguiente.

Escríbame a menudo, mi querido amigo. Su carta provoca casi el mismo efecto en mí, porque me recuerda con mucha fuerza toda su virtud, y ese carácter noble y simple que tanto admiro de usted. No nos volveremos a ver en este mundo. ¡Oh, mi querido amigo! que sea entonces en el otro.

Los detalles de vuestra vida interior me encantan. Me encanta esa dulce Señorita Bache¹³⁸ que solo vive para usted, y que se multiplica para darle todo lo que pueda con el fin de contribuir a su felicidad. Sus seis hijos seguro que son buenos, como Bingamain¹³⁹. La verdadera felicidad está en su familia y en esos amigos cuando las circunstancias de los hijos nos atan, como a mí. Yo veo de vez en cuando a mis estrellas y a mis estrellitas¹⁴⁰, pero no estoy todos los días con ellas, y es necesario vivir todos los días con quien amas. Así, tengo a mis amigos siempre conmigo, que nunca me abandonan y que me necesitan, como yo a ellos.

Mi salud ni es tan buena como usted la veía: me estoy haciendo vieja, mi buen y querido amigo, y me consuelo porque me acerco más a usted. Vamos variando, y nos reencontraremos de nuevo con todos los que han amado: en mi caso, mi marido, en el suyo, su mujer. Pero creo, usted que ha sido un mujeriego, que se reencontrará con más de una.

Mi querido F., le envió a la Señorita Bache aquello que estaba apuntado en su pequeña nota, que creo que era suya y le

138 Sarah Bache (1743-1808), hija de Benjamin Franklin.

139 Benjamin Franklin Bache, nieto de Franklin.

140 Mme Helvétius se refiere, respectivamente, a sus dos hijas y a sus tres nietas.

envío un redingote¹⁴¹ hecho por mí que le servirá de modelo si lo encuentra cómodo. Como había hecho dos, le envío uno. El paño no es bonito, pero es un modelo y tal vez le guste.

Dígale a Bainjamain que me dirijo a él todos los días por los cardenales.¹⁴² Cuando él venga a Francia, o alguno de sus amigos, me los dará. No tengo prisa de ningún modo; esperaré, porque no quiero que esa bonita criatura muera. Esperaré.

Adiós, mi querido y buen amigo. Le abrazo con todas mis fuerzas y toda mi alma. Mil besos también para sus dos nietos que conozco. Me apena que usted no pueda leer mi garabato. Mis amigos, a los que usted escribe, quieren hablarle también de mí, y de una manera más cómoda para usted. Adiós, mi querido y buen amigo.

Ligniville Helvétius

¹⁴¹ Pequeño abrigo corto.

¹⁴² Mme Helvétius se refiere al cardenal rojo, una especie de ave autóctona del centro y norte de América, que iba a enviarle Franklin desde Philadelphia como obsequio.

Carta de Franklin a Madame Helvétius

Philadelphia, 23 de abril de 1788

Recibí y leí con el mayor placer, mi querida amiga, la cariñosa carta que bondadosamente usted escribió para mí de su propia mano: es completamente encantadora. Me alegra saber que continúa bien con sus queridas estrellitas, y que siguen con usted sus amigos. Con frecuencia pienso en la felicidad de la que disfruté durante tanto tiempo en su dulce sociedad de Auteuil. Cuando nos encontremos en el paraíso, como confío que pase, los placeres de ese sitio aumentarán por la suma de todas las circunstancias de nuestras relaciones aquí abajo.

Ha hecho a mi hija muy feliz con las cosas que le ha enviado. Le admira mucho. Yo continúo tal y como he estado los últimos años, y si vivo seis meses más, espero tener tiempo para el ocio, para que pueda conversar con más frecuencia por carta con mis amigos ausentes, con la determinación absoluta de no volver a comprometerme con ningún asunto público, después de que expiren mis tres años como presidente.

El Señor Paradise, el caballero que tendrá el honor de enviar esta carta, tiene la intención de residir algún tiempo en París, y me informa de que ha encargado algunos cardenales para que se le envíen desde este Estado en Virginia, y si alguno llega vivo a París, puede estar segura de que tendrá uno. Él tuvo el placer de conocerla en Passy.

Temple está en su tierra, ocupado en su agricultura. Benjamin le presenta sus respetos. Nuestros mejores deseos para usted y para los suyos. Estoy extremadamente agradecido a los buenos abades y al Señor Cabanis por sus cartas. *Las ventanillas* y la *Nueva Cosmetología*¹⁴³ nos han divertido mucho a mis amigos y a mí. No puedo escribirles ahora, pero como dice el deudor en el Gospel: "Tenga paciencia conmigo y se lo pagaré todo"¹⁴⁴. Adiós, mi muy querida amiga, y confíe siempre en mí,

Suyo con todo mi afecto,
B. Franklin

143 *Las ventanillas* es una pequeña obra publicada en el *Mercurio de Francia* que defiende la tesis de la perfectibilidad de la especie humana. La *Nueva Cosmetología* es un ensayo de Morellet sobre la vuelta periódica de las locuras humanas.

144 *San Mateo*, XVIII, 26.

Carta de Benjamin Franklin a Madame Helvétius

Philadelphia, 25 de octubre de 1788

No puedo dejar pasar esta ocasión¹⁴⁵, mi querida amiga, sin decirle que le amo siempre, y que me porto bien. Pienso continuamente en los placeres que disfruté en la dulce sociedad de Auteuil. Y a menudo en mis sueños, desayuno con usted, me siento a su lado, en uno de sus mil sofás, o paseo con usted por su bello jardín. Dígale, si puede, a los Señores sus buenos abades, que estando actualmente libre de asuntos públicos, espero ser mejor corresponsal, y que les escribiré pronto y detenidamente.

B.F.

¹⁴⁵ Franklin se refiere al final de su mandato como presidente del Consejo Supremo Ejecutivo de Pensilvania.

Carta de Madame Helvétius a Anne Louise Sophie Rulhière¹⁴⁶

No he tenido novedades, Señora, de vuestra memoria. Seguramente, las revoluciones que acaban de pasar han sido la causa. Le envió un soldado, que el Señor Durocher me había prometido, como caballero.

Le ruego que me envíe los medios que debo tomar en cada momento para colocarlo. Soy una ignorante de ese asunto.

No olvide, Señora, la seguridad de los dulces sentimientos que siempre me ligaron a usted.

Tengo el honor de ser su humilde y muy obediente sirvienta.

Ligniville Helvétius

¹⁴⁶ Esta carta, escrita después del 10 de agosto de 1789, está dirigida a la viuda del lugarteniente de caballería Le Harivel-Durochel, que falleció en aquella fecha. Ante la ausencia de condolencias por parte de Madame Helvétius, deducimos que fue escrita cierto tiempo después de su muerte. El tema de esta epístola son los esfuerzos realizados tanto por la destinataria como por Madame Helvétius por conseguir el nombramiento de René Louis Pierre, hermano del fallecido, oficial mayor del distrito de Sain-Germain-des-Prés.

Carta de Madame Helvétius a Sarah Bache¹⁴⁷

29 de agosto de 1792

¡Ah, Señora, qué momento ha escogido para ver Francia! En este instante se encuentra en la más absoluta confusión¹⁴⁸, y la crisis es tal que incluso es imposible conjeturar qué nos deparará el futuro. Vuestra llegada a Europa y sus intenciones de visitarnos habrían sido para nosotros, sin las circunstancias actuales, una de las alegrías más vivas que podríamos tener. Pero, la primavera próxima, ¿estaremos?, ¿qué será de nosotros?, ¿dónde estaremos? Los enemigos extranjeros¹⁴⁹ puede que en quince días hayan llegado a París, y solo vertiendo nuestra sangre podremos conservar nuestra libertad¹⁵⁰.

Pero, pase lo que pase, Señora, el recuerdo de nuestro ilustre amigo siempre será infinitamente grato¹⁵¹. Y hasta mi último suspiro, tendré y tendremos para su querida hija y todo lo que le pertenezca, el más dulce y respetuoso apego.

147 Carta con destino a Preston in Lancashire, cerca de Manchester, donde se encontraba Sarah Bache (1743-1808), hija de Benjamin Franklin.

148 Los meses de junio, julio y agosto de 1792 marcaron el posterior triunfo de la facción más radical de los revolucionarios, el derrocamiento definitivo de Luis XVI y su condena a muerte, en enero del año siguiente.

149 Austria y Prusia habían firmado una alianza para acabar con la Revolución francesa.

150 Esta frase deja patente el compromiso de Madame Helvétius con la Revolución.

151 Benjamin Franklin había fallecido el 17 de abril de 1790.

Carta de Madame Helvétius a Pierre Louis Roederer¹⁵²

Estoy conmovida, Señor, porque el nombre de mi marido, citado con elogios en una obra que usted ha mandado imprimir¹⁵³, me ha hecho recordarlo. Imagine el placer que siento cuando ese nombre, que siempre me será querido, se pone ante los ojos del público por los amigos de sus principios, y por los hombres superiores que se ocupan, como él, de los verdaderos disfrutes de la sociedad. Usted ha sido, Señor, digno de ese nombre, y aunque las obras de Helvétius pertenezcan más a los públicos que a mí, no debo pasar por alto todos mis agradecimientos por la manera en que usted los promociona y los defiende. Acéptelos en la última edición, hecha por Didot, que es la única fiel a sus manuscritos y la más sencilla que se ha podido hacer, desde que no hay parlamento ni censura real. Por tanto, puede estar seguro, Señor, de todos mis sentimientos de estima y de reconocimiento hacia usted.

Helvétius

152 Carta dirigida a Roederer (1754-1835), diputado del Tercer Estado, miembro del Club de los jacobinos y fundador en 1796 del *Periódico de economía política, moral y legislación*, que muestra la amistad de Madame Helvétius con integrantes jacobinos, algo que fue clave para que no sufriera persecuciones de ningún tipo.

153 Se refiere a un ensayo publicado por Roederer sobre los gobiernos republicano y monárquico donde, recurriendo a Hobbes, Locke, Bayle, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvétius y Sieyès, defiende la tesis de que el mejor gobierno es aquel que el pueblo sea feliz.

Carta de Madame Helvétius a Marie Anne Poulet¹⁵⁴

21 de abril de 1798

Mi querida, buena y excelente amiga, no estoy muy satisfecha: recibo su carta con un mes de retraso. Estoy como usted, enferma, y lo estaría tanto como usted si no fuera por los cuidados de mis amigos, y esa es la razón por la que los amo tanto.

Mientras que su carta viajaba, leía en artículos las novedades de su país, y me decía: “¿Cómo han podido abandonar su país con lo mucho que nos aman?” Pero un marido está antes que nada; yo habría hecho lo mismo.

Pero, mi buena amiga, escíbame en cuanto pueda una palabra, una sola palabra de lo que suceda, o no sabré jamás la verdad de las noticias; de un día para otro todo es mentira.

Me ocuparé de preparar una pequeña habitación si venís por nuestro reclamo. Nuestra pequeño pueblo¹⁵⁵ sigue siendo tranquilo: La Roche es el presidente del cantón, Cabanis diputado, Gallois¹⁵⁶ ha acompañado a François de Neufchâteau¹⁵⁷, su amigo. Todos sabemos de su marcha, y sus mujeres están inquietas. Y yo, no dejo de pensar en vosotros, ¡os amo tanto! Os tengo a los dos en mi corazón, y mi alma se vuelca en la suya. Tiemblo tan fuertemente que no puedo continuar.

154 Carta destinada a la esposa de Ginguené, miembro de los Ideólogos y ministro durante el Directorio, y que en ese momento se encontraba en Turín junto a su marido.

155 Se refiere a Auteuil.

156 Jean Antoine Gauvin Gallois (1761-1828) era un huésped habitual en la casa de Auteuil y durante esta época fue el encargado de negociar el intercambio de presos franceses con el gobierno británico.

157 Nicolas Louis François de Neufchâteau (1750-1828) era miembro del Directorio.

Carta de Madame Helvétius a Marie Anne Poulet

19 de noviembre de 1798

No hago otra cosa que pensar en usted, mi buena y muy buena amiga. Finalmente, ahí estáis los dos, usted en su cama y su buen marido con un golpe en el cuello. Estoy inquieta de que haya tenido un poco de sangre.

¿Cuándo podrá venir a verme? Nosotros cenamos a las 5 de la tarde desde que Cabanis es diputado, y ambos encontrarán una cama, pues espero que vengan los dos.

Escríbame unas palabras por el “pequeño correos”¹⁵⁸ para quedarme tranquila sobre la salud de mis amigos más virtuosos, más morales y más agitados por ese complicado viaje¹⁵⁹.

158 Sistema postal establecido en 1653 exclusivamente para París.

159 El matrimonio Ginguéné había vuelto recientemente de Turín.

Apéndice: Acta de deceso de Madame Helvétius

El 25 Thermidor del año VIII¹⁶⁰, ha fallecido, hacia las 6 horas de la mañana, en Auteuil, en su casa, Grand-Rue, n^o23, Anne Catherine Ligniville, viuda de Helvétius, a la edad de 78 años. Sus amigos han declarado su intención de inhumarla en su jardín, cercado, siguiendo su intención, tras haberse examinado previamente el lugar. El deceso fue declarado el día posterior a la alcaldía de la comuna por Destutt de Tracy, senador. Testigos son: Adrien de Mun, su nieto; Pierre Jean Georges Cabanis, senador y su amigo; Louis Le Peletier Rosambo, su nieto; y Jean Antoine Gauvain Gallois, tribuno y su amigo.

Pierre Antoine Benoît, alcalde

160 Calendario republicano. Corresponde al 13 de agosto de 1800.



Bibliografía

- ADAMS, J.**, *Diary and autobiography*, Cambridge, Butterfield, 1961.
- ALCOVER, M.**, *Poulain de la Barre: une aventure philosophique*, Paris-Seattle, Papers of French seventeenth century literature, 1981.
- American Philosophical Society**, Philadelphia, ms. Franklin.
- AMORÓS, C.**, *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y Postmodernidad*, Madrid, Cátedra, 2000.
- Archives nationales*, Minutier central, Paris.
- BADINTER, E., et R.**, *Condorcet, un intellectuel en Politique*, Paris, Fayard, 1988.
- Bibliothèque Nationale Française**, ms, fr. 12763, Paris.
- BLACKBURB, R.**, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Londres, Verso, 1988.
- BOISSEL, TH.**, *Sophie de Grouchy, femme des Lumières, 1764-1822*, Paris, Presses de la Renaissance, 1988.
- BONNEFON, P.**, "A travers les autographes: deux lettres de Volney", *Revue d'histoire littéraire de la France*, 6, Paris, 1899.
- CABANIS**, *Rapports du physique et du moral de l'homme*, Paris, 1805.
- CAHEN, L.**, "La Societé des Amis des noirs et Condorcet", *La Révolution française*, n°50, Paris, 1906, pp. 481-511.
- CEPEDELLO REBOLLO, J.**, "La influencia de Condillac y los ideólogos en la teoría del derecho española decimonónica" en *La cultura del otro: español en Francia, francés en España*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006, pp. 148-156.
- CONDORCET, DE GOUGES Y DE LAMBERT**, *Bosquejo*

de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano,
Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2004.

- *La Ilustración olvidada, 1789-1793. La voz de las Mujeres en la Revolución Francesa. Cuadernos de quejas y otros textos*,
Barcelona, Edicions de les donnes, 1989.

De GROUCHY, Cartas de amor a Maillia Garat, Arcibel, Sevilla, Arcibel, 2011.

- *Cartas sobre la simpatía*, **Sevilla, Padilla libros, 2011.**

DE LA PRADE, G., L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté, Paris, Sorlot Lanore, 1989.

DE VIGUERIE, J., Filles des Lumières: femmes et sociétés d'esprit à Paris au XVIII siècle, Bovère, Martin Morin, 2007.

DENEYS, H., "Volney, Auteuil et la composition des Ruines", en Madame Helvétius et la Société d'Auteuil, Oxford, Voltaire Foundation, 1999, pp. 103-125.

DIDEROT, Correspondance, Paris, Roth et Varloot, 1955-1970.

DURNERIN, J., "Las ruinas de Palmira de Volney en la traducción del abate Marchena", Anales de Filología Francesa, 12, 2004, pp. 95-105 publicado en Murcia.

FRANKLIN, B., Memoirs of the life and writings of Benjamin Franklin, Londres, William Temple Franklin, 1813.

GERE MASON, A.R., The women of the French salons, New York, Kessinger Publishing, 2004.

GUILLOIS, A., La marquise de Condorcet: sa famille, son salon, ses amis, 1764-1822, Paris, Ollendorf, 1897.

- *Le Salon de Madame Helvétius, Paris, Calmann Lévy éditeur, 1894.*

- *Pendant la Terreur. Le poète Roucher (1745-1794), Paris, 1890.*

GUSDORF, G., La conscience révolutionnaire: les idéologues, Paris, Éditions Payot, 1978.

HELVÉTIUS, Claude-Adrien, Correspondance générale,

Volume IV, edited by Peter Allan, Alan Dainard, Marie-Thérèse Inguenaud, Jean Orsoni and David Smith, Toronto et Oxford., 1998.

- *De l'esprit*, Paris, Flammarion, 2001.

- *Del espíritu, en VVAA, La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el Siglo XVIII, edición de Alicia H. Puleo, Madrid, Anthropos, 1993.*

- *Oeuvres complètes*, Paris, 1818.

HURTADO SIMÓ, R., *La filosofía de Sophie de Grouchy, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2014.*

VVAA., La Ilustración olvidada, La polémica de los sexos en el siglo XVIII, edición de Alicia H. Puleo, Madrid, Anthropos, 1993.

LAGRAVE, J-P., INGUENAUD, M.T., et SMITH, D., *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil, Oxford, Voltaire Foundation, 1999.*

LA PRADE, G., *L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté, Paris, Lanore et Sorlon, 1989.*

LESCURE, M. de., *Les Grandes Épouses, Paris, Librairie de Firmin-Didot, 1884.*

Mrs ADAMS, *Letters of Mrs Adams, Boston, 1840.*

Library of Congress, Washington, Papier Franklin, 1788.

MORAVIA, "La Société d'Auteuil et la Révolution", *Dix-huitième siècle*, 6, 1974, p. 181-191.

MORELLET, *Lettres, Oxford, David and Leclerc, 1991.*

- *Mémoires sur le dix-huitième siècle et sur la révolution, Paris, 1821.*

NAPOLÉON I, *Correspondance de Napoléon, Paris, 1858.*

ROEDERER, *Oeuvres, Paris, 1801.*

ROUSSEAU, J.J, *Emilio, o la educación, Barcelona, RBA, 2002.*

STAAFF, *La littérature française. Depuis la formation de la*

langue jusqu'à nos jours, Paris, Didier et Delagrave, 1873.

STUURMAN, S., *François Poulain de la Barre and the Invention of Modern Equality*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

SUMMER, M., *Quelques Salons de Paris au XVIII siècle*, Paris, Société française d'éditions d'art, 1898.

VAHLKAMP, Ch., "Un attachement qui méritait une autre récompense: l'abbé Morellet et Madame Helvétius", en *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, Oxford, Voltaire Foundation, 1999, pp. 19-28.

VOLNEY, *Les Ruines*, Paris, Fayard, 1989.

VOLTAIRE, *Cándido y otros cuentos*, Madrid, Alianza, 1989.

-*Essay sur les moeurs*, en *Oeuvres complètes*, Paris, édition Moland, 1875.

-*Oeuvres complètes*, Paris, édition Moland, 1875.

WOLLSTONECRAFT, M., *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 2000.

